
HARLEQUIN
Jazmín
Madeline Baker
Siempre fuiste tú
Newton



Siempre fuiste tú

MADELINE BAKER



Siempre Fuiste Tú

Madeline Baker

Siempre fuiste tú (2003)

Título Original: Dude Ranch bride (2003)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 1793

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Ethan Stormwalker y Cindy Wagner

Argumento:

En los ojos de aquel hombre se podía ver la puesta del sol…

El sexy Ethan Stormwalker había jurado no volver a dirigirle la palabra a su ex novia, Cindy Wagner, pero cuando esta apareció en su rancho ataviada con un vestido de novia… y sin novio a la vista, todas las promesas quedaron olvidadas. Como también parecía olvidada la muchacha que le había roto el corazón: la que ahora tenía enfrente era una mujer irresistible.

Cindy Wagner no había conseguido olvidar a Ethan y, con sólo mirarlo a los ojos, desaparecieron todos aquellos años de doloroso silencio. Pero el amor de Ethan tenía un precio: tendría que abandonar la vida que su familia deseaba para ella…

Capítulo 1

Cindy Wagner apretó el brazo de su padre mientras avanzaban hacia el altar.

No podía hacerlo. ¿Cómo había llegado hasta allí?

—Tranquila —susurró su padre acariciándole la mano.

¿Cómo iba a estar tranquila? Miró lo que había ante ella, los lazos de raso blancos, las flores, las damas de honor… que parecían mucho más felices que ella.

También estaban sus dos hermanos, Lance y Joe. Estaban junto a Paul, que iba acompañado de sus dos hermanos y de su primo.

¿Por qué había dejado que su padre la convenciera para casarse?

Con el rabillo del ojo vio a su madre, sentada en primera fila. Parecía orgullosa y triste a la vez.

Su padre hizo una mueca de dolor al sentir sus uñas en la carne.

Unos cuantos pasos más y estarían en el altar. Olía a rosas.

Su padre se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Acto seguido, dio la mano de su hija a Paul. Una mano fría y temblorosa.

Cindy lo miró sintiéndose abandonada, pero su padre se limitó a sonreír y a dar un paso atrás. Cindy suspiró y se resignó.

—El matrimonio es un lazo sagrado… —comenzó el sacerdote.

Miró a Paul de reojo. Era alto, rubio y guapo, de ojos marrones y nariz recta, pero, ¿quería pasar el resto de su vida con él? Intentó convencerse de que eran los nervios normales en una novia, pero sabía que había algo mucho más profundo. Paul quería dedicarse a la política y estar siempre en el ojo del huracán. Cindy no quería aquella vida. Ella quería casarse y tener tres o cuatro hijos con un hombre para el que su familia fuera lo primero.

Paul la había hecho olvidar aquello durante un tiempo. La había cortejado a la antigua Ilsanza, la había sacado a cenar a los mejores restaurantes y le había hecho multitud de regalos. Paul VanDerHyde la había convencido de que estaba enamorada de él.

¿Por qué no había escuchado a su madre?

—No te hará feliz jamás, cariño —le había dicho Claire hacía veinte minutos—.

Todavía estás a tiempo.

—¿Estás loca? —le había contestado ella poniéndose el velo.

¿A tiempo? Pero si había montones de regalos en ambas casas, una limusina esperándolos para llevarlos al aeropuerto, una suite reservada en el Plaza de Nueva York…

Ella no había querido pasar su luna de miel en Nueva York, pero Paul la había convencido de que iba a ser fantástico y de que sus negocios en la ciudad solo le llevarían un par de días. A Hawai podrían ir en otra ocasión.

La voz del sacerdote la sacó de sus pensamientos.

—Cynthia Elizabeth Wagner, ¿quieres a Paul Raymond VanDerHyde…

Cindy sintió la boca seca y las manos sudorosas y recordó las palabras de su madre. «¿Lo quieres tanto que no podrías vivir sin él?»

Sabía que la respuesta era no.

Miró a Paul y durante un segundo vio otra cara. Un rostro fuerte y masculino, de cabello negro y largo. Por eso no podía casarse con Paul. Ni en aquellos momentos ni nunca. Solo había un hombre en el mundo sin el que no podía vivir y no era Paul VanDerHyde.

Sintió pánico y le agarró la mano.

—No puedo —musitó—. Lo siento.

Estuvo a punto de tropezarse con la cola del vestido al girarse para correr por el pasillo todo lo rápido que le permitieron los zapatos de tacón.

¿Cómo había permitido que el dinero de Paul la confundiera? ¿Cómo había accedido a una boda que hacía más feliz a su padre que a ella?

Corrió y corrió con lágrimas en los ojos y no paró hasta llegar a la limusina. Allí, el conductor le abrió la puerta.

—¡Vámonos! —gritó Cindy—. Rápido. El conductor asintió como si estuviera muy acostumbrado a episodios similares.

—¿Dónde la llevo?

—No lo sé —contestó Cindy arrellanándose en el asiento—. Vámonos.

—Sí, señora —dijo el hombre poniendo el coche en marcha.

Cindy se puso a mirar por la ventanilla. No sabía qué hacer. ¿Dónde se suponía que iba una tras haber huido de su boda? ¿Dónde podía esconderse y que nadie la localizara? Tenía que encontrar un lugar donde nadie la conociera, donde no tuviera que dar explicaciones.

Llevaban varias horas en la limusina cuando lo vio.

Rancho para turistas Elk Valley a 20 kilómetros.

Caza, pesca, paseos a caballo.
Se alquilan cabañas con y sin cocina.
Buenos precios.

Sintió que el corazón le daba un vuelco. Cerró los ojos y se preguntó si era una buena idea. Nadie la buscaría allí, pero corría el riesgo de que él estuviera allí.

Llevaba cinco años sin verlo. Lo cierto es que quería que estuviera. Tal vez, verlo le fuera bien. Quizás, viéndolo de nuevo, lograría quitárselo para siempre de la cabeza.

Capítulo 2

Ethan Stormwalker maldijo al ver pararse una limusina delante de la oficina de admisiones del rancho. Debía de ser que Dorothea estaba esperando a unos tipos verdaderamente ricos aquella vez.

El conductor se bajó, se estiró la chaqueta y abrió la puerta trasera. Ethan estuvo a punto de caerse de espadas al ver que se bajaba una novia. Se quedó mirándola fijamente. Tenía el pelo tan negro como el suyo y lo llevaba recogido en un gran moño. Era de tez clara y cintura de avispa, pero tenía unas curvas maravillosas.

Desde donde estaba, no le veía los ojos, pero sabía que eran del mismo azul que el cielo de Montana que tenía encima.

Silbó. Llevaba cinco años sin verla, pero no la había olvidado ni un solo día.

Siempre había sido toda una belleza. Sintió envidia del afortunado que se había casado con ella.

Miró con curiosidad, esperando a verlo salir del coche.

Cindy le dijo algo al conductor y se agarró la falda del vestido para no mancharlo. Iba hacia la recepción junto a la que él se encontraba.

Ethan se apresuró a girarse para fingir que estaba leyendo los anuncios que colgaban del corcho. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? ¿Qué podía hacer para evitarla? Volvió a mirar en dirección a la limusina. ¿Dónde estaba el novio? No lo veía porque el vehículo llevaba las ventanas ahumadas.

La campanilla situada sobre la puerta sonó levemente cuando Cindy la abrió con cautela. Ethan se dijo que debería salir corriendo de allí, pero no se podía mover.

La vio salir de la oficina, ir hacia la limusina y hablar con el conductor. El hombre sacó una pequeña bolsa de viaje del maletero y se la entregó, se subió en el vehículo y desapareció.

Cindy se quedó mirando cómo se alejaba la limusina, volvió a cruzar el jardín y entró de nuevo en la recepción.

¿Y el novio? Ethan, presa de la curiosidad, sintió deseos de ir tras ella, pero acababa de llegar de llevar a once niños a montar a caballo y quería una ducha caliente y una cerveza fría. Por ese orden.

Además, se había jurado no volver a hablar con Cindy Wagner jamás. Sacudió la cabeza y se dirigió al redil.

Cindy dejó la bolsa de viaje y el bolso sobre la cama de la cabaña, junto a la bolsa de ropa nueva que se acababa de comprar en la tienda de regalos del rancho.

Suspiró y se sentó en la cama.

Miró a su alrededor. La cabaña era de madera por fuera, pero moderna por dentro. Miró la bolsa de viaje y recordó las dos maletas con todas sus cosas que ya estaban en Nueva York. No debía preocuparse, seguro que su madre se encargaría de recuperarlas.

¿Qué le iba a decir a sus padres? ¿Y a Paul? ¿Tendría algún día el valor de enfrentarse a sus familiares y amigos? Sus hermanos iban a acordarse de aquello toda la vida, sobre todo, Lance.

¿Cómo se había metido en aquel lío?

Sacudió la cabeza y se quitó los zapatos de raso blanco. A juzgar por la cara de sorpresa de la mujer de recepción que le había dicho que había tenido suerte porque se había producido una cancelación de última hora, era la primera vez que llegaba una novia sola.

Se quitó el vestido y lo dejó en el respaldo de una silla. No fue tarea fácil ya que llevaba una hilera por toda la espalda de diminutos botones de seda. Era un vestido bonito, la verdad, el vestido con el que a toda novia le gustaría casarse.

Se quitó el anillo de compromiso con lágrimas en los ojos y lo guardó en la bolsa de viaje. ¿Cómo había permitido que la situación se le fuera de las manos?

¿Cómo había permitido que Paul tomara todas las decisiones? Había decidido la fecha de la boda, la iglesia, el lugar del banquete, el destino de la luna de miel. Lo peor era que la había convencido de que quería una boda por todo lo alto y una luna de miel en Nueva York cuando ella, en realidad, quería una boda sencilla y una luna de miel en Hawai.

Se quitó las medias y las horquillas del pelo. Sacudió la cabeza y la melena le cayó sobre los hombros. Aquello también había sido idea de Paul. Ella había querido llevarlo suelto, pero él había insistido en que se lo recogiera.

¡Qué enfado le producía que la hubiera manipulado así! ¿Cómo se lo había permitido? No era una mujer tonta. De hecho, era licenciada en Historia Estadounidense del siglo XIX y tenía carácter. Entonces, ¿cómo había dejado que Paul VanDerHyde se saliera con la suya en todo? Se prometió que jamás le sucedería algo parecido.

¡Jamás!

¡Estaba harta de hombres machistas! ¡Tal vez, estuviera harta de los hombres en general! Pensó en su tía Stell, que era soltera y vivía muy feliz con sus ocho gatos, tres perros y un loro que recitaba de memoria las películas de Sylvester Stallone…

Cindy se rió y se puso los vaqueros que se acababa de comprar. Estaba decidida a no volver a mirar a un hombre a menos que tuviera la sensual voz de Russell Crowe, los ojos de Antonio Banderas, la sonrisa de Mel Gibson, el cuerpo de un dios griego y el pelo negro y largo de…

Sacudió la cabeza e intentó olvidarse de él. ¡Pero si incluso el hombre que había visto fuera al bajarse de la limusina se lo había recordado! Tampoco era tan raro ya que el rancho era de un familiar suyo. Tal vez, no tendría que haber ido.

—¡Supéralo! —se dijo en voz alta—. Seguro que él ya lo ha hecho.

Se puso una camiseta azul con el emblema del rancho. La mujer de la recepción le había dicho que su sobrino iba todos los lunes a la ciudad y que podría acompañarlo si quería comprarse algo que no fueran vaqueros y camisetas de recuerdo del rancho.

El único calzado que había en la tienda eran unas sandalias de plástico con unas enormes rosas rojas encima. Se las puso y salió de la cabaña para dar una vuelta y ver los alrededores.

Tarde o temprano, iba a tener que llamar a casa para decirles a sus padres que estaba bien, pero todavía no. De momento, solo quería estar a solas con su miseria.

Había gente por todas partes y Cindy no se sentía con ganas de hablar con nadie, así que decidió seguir un pequeño sendero que vio detrás de la cabaña y que se alejaba del rancho.

El paisaje era maravilloso y pronto se encontró paseando entre olmos cuyas hojas plateadas se movían por la brisa veraniega.

Al girar en una curva, vio otra cabaña. En el porche había un perro tumbado.

Más bien, parecía un lobo. El animal levantó la cabeza al oírla y se la quedó mirando con sus grandes ojos y sus todavía mayores colmillos.

«Para comerte mejor», pensó Cindy.

También había un caballo. Era precioso y se acercó a él. El animal levantó las orejas al verla.

—¡En, no te acerques ahí! —gritó una voz a sus espaldas.

Cindy se giró y se quedó lívida al ver a un hombre que avanzaba hacia ella vestido solo con unos vaqueros. Era alto, delgado, de

espalda ancha, pelo negro y largo, pómulos marcados, mandíbula cuadrada, nariz aguileña y piel bronceada, tal y como lo recordaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendida.

En realidad, no tendría que haberse sorprendido tanto. Sabía que el rancho era de un familiar y, ¿acaso no había ido con la secreta esperanza de verlo?

Se quedó mirándola con aquellos ojos grises.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le contestó secamente.

—Yo he preguntado primero.

—Trabajo aquí.

—No lo sabía.

Ethan gruñó. Debía de ser cierto. Si lo hubiera sabido, seguro que jamás habría ido.

Cindy no podía dejar de mirarlo. Con diecinueve años había sido un chico que prometía, pero se había convertido en un hombre más guapo de lo que ella se había imaginado.

¡Y qué cuerpo! Sintió un inmenso deseo de acariciar aquel torso y comprobar si seguía tan fuerte y duro como lo recordaba.

—¿Me desnudo? —sonrió él viéndola enrojecer.

Ethan ya debería estar acostumbrado a aquellas alturas a ese tipo de miradas porque, en los dos últimos años, le habían hecho más proposiciones que en toda su vida. Mujeres solas, mujeres que no eran felices en sus matrimonios, adolescentes, ricas y mimadas como Cindy Wagner. Parecía que les gustaba a todas, pero solo una, Cindy, había conseguido llegarle al corazón. Y él se lo había entregado, incluso cuando ella decidió que ya no lo quería.

—Eh… bueno… me alegro mucho de verte, Ethan —tartamudeó —. Hasta luego

—añadió pasando junto a él con la cabeza gacha.

Se giró para verla alejarse. Recordó los días y las noches que habían pasado juntos, las horas que habían paseado viendo las estrellas, agarrados de la mano, los momentos en los que había bailado para ella. Siempre había vuelto a casa excitado y dolorido porque Cindy era una chica respetable…

—Eh.

Cindy se paró, pero no se giró.

—No quería ser tan grosero.

Cindy se giró lentamente, pero no lo miró a los ojos.

—Está sin domar, ¿sabes? No quería que te mordiera.

Cindy asintió y se alejó.

Ethan se quedó mirándola y sacudió la cabeza. Se había jurado que nada de mujeres blancas, pero no podía dejar de admirar su

elegancia al andar.

Capítulo 3

Cindy caminó rápidamente hacia la recepción con las mejillas sonrojadas de vergüenza. De todos los hombres del mundo, Ethan Stormwalker era el último al que le convenía ver. Aunque, irónicamente, era al que más deseaba ver.

Ethan. Seguía siendo el ser más guapo sobre la faz de la Tierra. ¡Y ella que creía que, si algún día lo volvía a ver, no iba a sentir nada!

Los primeros días después de romper su relación, había dormido con una camiseta suya porque olía a él. Tras meses de no saber nada de él, había quemado todas las cartas y los regalos excepto uno. Aun así, el dolor no había desaparecido y, ahora, después de volverlo a ver, supo con certeza que jamás iba a hacerlo.

Lo más inteligente sería irse en aquel preciso instante. Se tenía por una mujer inteligente, pero…

Tenía hambre.

Sí, su estómago emitió un tremendo ruido recordándole que no había comido nada desde muy temprano aquella mañana. Consultó el horario que había fuera de la oficina y vio que la cena se servía de 5.30 a 7.00. Si se daba un poco de prisa, llegaría a tiempo.

«¿Y por qué tendría que irse?», pensó mientras andaba hacia el comedor. No quería que Ethan creyera que la había asustado. Siempre había querido visitar un rancho y aquella era una buena oportunidad. Ya estaba allí y no pensaba irse. ¡Al diablo con Ethan Stormwalker!

El comedor era una estancia amplia con una gran chimenea. En el centro, había una gran mesa en la que había un grupo tomando el postre, charlando y riendo.

Cindy sintió una repentina timidez y se sentó en una mesa pequeña que había junto a la ventana.

—Señorita Wagner —la saludó Dorothea Donovan, la mujer que la había recibido—, ¿qué hace usted sola? Venga a conocer a los Petersen.

—Si no le importa, preferiría no hacerlo.

—Como quiera —sonrió Dorothea—. Esta noche, hay pollo. Ahora mismo se lo trae Margie. ¿Qué quiere para beber?

—Leche —contestó Cindy.

—Muy bien, yo me tengo que ir a la oficina, pero Margie se encargará de usted.

Si necesita algo, no dude en pedirlo —le dijo Dorothea amablemente.

—Gracias.

Al cabo de un rato una enorme mujer vestida de uniforme le llevó medio pollo acompañado de puré de patatas, maíz, pan y un gran vaso de leche.

—Soy Margie —le dijo—. Si quiere postre, no tiene más que llamarme.

—Gracias.

—Por cierto, esta noche va a bailar Stormwalker. No se lo pierda —añadió la cocinera antes de irse.

Cindy asintió y recordó la cantidad de veces que Ethan había bailado para ella.

Solos, en mitad de la noche, con la piel mojada de sudor y el pelo al viento bajo la luz de la luna.

Intentó no pensar en aquello y se concentró en la comida. Creyó que no iba a ser capaz de terminarse el colmado plato, pero no fue así.

—Hola, soy Fio Petersen —dijo una mujer parándose ante su mesa justo cuando había terminado de cenar y no sabía qué hacer con el plato—. No hace falta que lo recoja —añadió con una sonrisa —. Acaba usted de llegar, ¿verdad?

—Sí —admitió Cindy.

—Este es mi marido, Earl, y nuestras hijas, Linda, Nancy y Mary.

—Encantada —contestó Cindy—. Yo soy Cindy Wagner.

—Íbamos a ver el espectáculo. ¿Quiere venir con nosotros?

Cindy quería decir que no, pero la tentación de ver bailar a Ethan de nuevo fue mayor.

—Sí, gracias —contestó levantándose.

Fuera del comedor, se encontraron con más gente que iba hacia un anfiteatro al aire libre. En el centro, había una hoguera y un tipi en cuya puerta se habían sentado tres ancianos con tambores.

—Hoy baila Stormwalker —dijo Fio sentándose—. Lo vimos la semana pasada.

—Es genial —suspiró su hija mayor, que debía de tener trece años.

—Yo creo que mi hija se ha enamorado perdidamente de él — sonrió Fio—.

Cuando lo vea, entenderá por qué.

—Chist —protestó Linda—. Van a empezar.

Uno de los ancianos se levantó y presentó a sus compañeros. Cindy no lo oía ni lo veía. Toda su atención estaba puesta en Ethan, que había salido del tipi ataviado con una falda de cuero y mocasines de piel. Llevaba la cara y el pecho pintados en blanco y negro y un par de plumas de águila en la cabeza.

Tenía aspecto duro y salvaje… peligroso.

Los tambores comenzaron a sonar y se hizo el silencio absoluto. Ethan levantó la cabeza, escudriñó la oscuridad con sus ojos penetrantes como un depredador y empezó a moverse. Los cascabeles que llevaba atados en el tobillo izquierdo lo hacían al mismo ritmo que la música.

Cindy lo observó boquiabierta, recordando otras noches. Conocía la escena que estaba representando. Un indio que construye una trampa en la que se esconde para cazar a un águila. Cuando llega, la agarra de las patas y lucha con ella. Cindy percibió la emoción y el peligro de la caza.

Los tambores se fueron naciendo cada vez más rápidos hasta que sus pies apenas se veían. El sudor le cubría el cuerpo haciendo que le brillara la piel.

Fue precioso, mágico, casi místico.

El siguiente baile fue más lento, una danza de cortejo. Por último, interpretó la danza de la amistad y el anciano invitó a todo el mundo a unirse a él alrededor de la hoguera. Cindy mantuvo la mirada baja en todo momento para que Ethan no viera nada comprometido en sus ojos.

Cuando terminaron, se despidió de la familia de Fio y se fue a su cabaña. Tenía que hacer una cosa importante.

—Residencia de los Wagner —contestó su hermano pequeño.

—Hola, Lance, ¿está mamá por ahí?

—Cindy Lou, ¿qué tal? Bonita boda, ¿eh?

—Calla, mequetrefe. Pásame a mamá. Tras un segundo de silencio, oyó la voz de su madre.

—¿Cynthia? ¿Dónde estás, cariño? ¿Estás bien? Nos tienes preocupados. ¿Estás enferma o algo?

—No, mamá, estoy bien, de verdad. Simplemente, no podía hacerlo.

—Tu padre me pregunta si quieres que te vaya a buscar.

—Todavía, no, gracias.

—¿Has hablado con Paul?

—No —contestó Cindy tumbándose en la cama y mirando el techo—. No sé qué decirle.

—No te preocupes. He hablado con su madre hace un rato y me ha dicho que se ha ido a Nueva York con su hermana.

Aquello hizo reír a Cindy. Los negocios siempre lo primero, por supuesto. Que su novia lo dejara plantado en el altar no tenía que interferir, claro.

—¿Dónde estás?

—En el Rancho para turistas de Elk Valley —contestó—. Mamá, no se lo digas a papá, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Sé que Paul no va a llamar preguntando por mí, pero, si lo hace, no quiero que sepa dónde estoy. ¿Lo entiendes?

—Claro que sí —contestó Claire—. Perfectamente.

—Mamá, ¿por qué no te haría caso?

—Porque eres tan cabezota y obstinada como tu padre, hija.

—¿Está muy enfadado?

Oyó a su madre tomar aire.

—Sí, mucho.

—No podía, mamá…

—Lo sé. Has hecho lo correcto —la tranquilizó su madre—. No te preocupes por tu padre. Ya se le pasará.

Oyó la voz de su padre protestando por detrás.

—¿Estás bien, Cindy Lou? —le preguntó agarrando el auricular.

—Sí, papá. Lo siento…

—Quiero que se celebre esa boda —la interrumpió su progenitor —. Paul te conviene y tú le convienes a él. Tiene la cabeza sobre los hombros y…

—Papá, nunca he querido a Paul y nunca lo querré. Dejé que entre los dos me convencierais para hacer algo que no quería.

—Cynthia…

—No voy a cambiar de opinión, papá —le aseguró—. Sé lo que hago.

—Muy bien —contestó su padre con frialdad—. Tu madre quiere despedirse de ti —añadió pasándole el auricular a su mujer.

—Llámame, ¿de acuerdo, hija?

—Claro que sí, mamá —contestó Cindy con lágrimas en los ojos —. Te quiero mucho.

—Yo, también. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches.

Acto seguido, se dio una ducha y se metió en la cama desnuda pensando en todos los camisones maravillosos que había comprado como parte de su ajuar y que estaban en Nueva York.

—Qué se le va a hacer —suspiró antes de dormirse con la



imagen de cierto guerrero alto y de piel morena en la cabeza.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, mientras terminaba de desayunar, Dorothea se acercó a hablar con ella.

—Si quiere ir a la ciudad, mi sobrino se va dentro de un rato.

—Oh, sí, muchas gracias —contestó Cindy.

Pasó por su cabaña para peinarse y pintarse los labios y, cuando salió, había una furgoneta negra con el logo del rancho esperándola.

—Muchas gracias por esperarme —dijo al subir—. Quería… —se interrumpió al ver quién estaba al volante—. Ah, eres tú.

—¿Le importa, señorita Wagner?

—No, claro que no —contestó Cindy—. Simplemente, no sabía que fueras el sobrino de Dorothea.

—¿Quieres venir o has cambiado de opinión?

Cindy cerró la puerta con fuerza.

—¿Cuánto se tarda en llegar a la ciudad?

—Una hora aproximadamente.

Una hora. A solas con Ethan. Y otra de regreso. Antes de que le diera tiempo a decir que había cambiado de opinión, él había echado la furgoneta a andar.

Cindy se puso a mirar por su ventanilla. Ninguno hablaba. El silencio era incómodo.

Lo miró de reojo. Llevaba vaqueros desgastados, una camisa de ante y mocasines del mismo material. Emanaba un poder que no había conocido en nadie más.

—¿Qué? —dijo él sintiendo su mirada.

—Nada.

—¿Qué haces aquí?

—¿Perdón?

—En el rancho.

—Estoy de vacaciones —contestó Cindy tras dudar qué decir.

—¿Sola? —preguntó Ethan enarcando una ceja—. ¿El novio cambió de parecer en el último momento?

—No creo que sea asunto suyo, pero no… no fue así… Decidí venir porque me apetecía.

—¿Vestida de novia?

—Para que lo sepas, decidí que no me apetecía casarme.

—En el último momento, ¿verdad? —dijo divertido.

Cindy sintió que se sonrojaba de pies a cabeza al recordar que Ethan la había acusado en cierta ocasión de ser una niña rica malcriada. Volvió a mirar por la ventana. Tenía razón. Era una mimada y sus padres eran ricos, pero, ¿y qué? ¿Era un delito ser mimada? Sus padres habían trabajado mucho para llegar donde habían llegado. ¿Por qué se sentía de repente tan a la defensiva?

Al sentir la mano de Ethan en el hombro, se volvió hacia él sorprendida.

—Mira —le dijo señalándole un ciervo y dos crías.

—¡Qué bonitos!

—¿Verdad?

—No entiendo cómo hay gente que mata a unos animales tan bonitos para colgar sus cabezas en el salón de casa.

—Pues hay personas que lo hacen, sí.

—Lo sé, pero no entiendo cómo alguien puede alardear de algo así.

—Siempre me gustó tu forma de pensar —apuntó Ethan, casi sonriente.

Se maldijo por ello y se volvió a concentrar en la carretera. No tendría que haberla llevado él a la ciudad.

—¿Cuánto tiempo vas a necesitar? —le preguntó mientras aparcaba la furgoneta.

—Un par de horas —contestó Cindy encogiéndose de hombros.

—Muy bien, nos vemos aquí al mediodía.

—Bien.

Siempre le había encantado ir de tiendas, con la tarjeta de su padre, claro.

Pronto perdió la noción del tiempo mientras se compraba tres vestidos, tres pares de vaqueros, media docena de camisetas de diferentes colores, cuatro camisas, unas botas camperas de tacón bajo, calcetines, ropa interior, un camisón de algodón, una bata y unas gafas Ray Ban.

Iba hacia donde había quedado con Ethan cuando se lo encontró de frente.

—Llegas tarde —gruñó.

—¿Qué sombrero te gusta más, el blanco o el marrón? —dijo ella decidiendo sobre su última compra.

—El marrón. El blanco se ensucia enseguida —contestó él.

—Muy bien —dijo Cindy pagándolo—. ¿Qué tal me queda?

—Bien, pareces una chica de ciudad con un sombrero de

vaquero —contestó él con ironía—. ¿Quieres que comamos algo antes de volver? —añadió tras dudar.

—¿Tienes hambre?

—Sí, vamos a dejar las bolsas en la furgoneta.

Así lo hicieron antes de encaminarse al Cowboy Café, un pequeño restaurante en el que no había mucha gente. Lo siguió hasta una mesa admirando lo bien que le quedaban los vaqueros. Al sentarse, Ethan le pasó una carta y se puso a leer la suya.

Cindy pensó que le iba a ser imposible probar bocado con él sentado enfrente.

Todos los recuerdos que había intentado apartar de su mente una y otra vez volvieron con más fuerza que nunca.

La primera vez que lo había visto bailar tenía dieciséis años y había sido con su mejor amiga. Se habían paseado entre los puestos de un mercadillo indio comprando varios recuerdos. Sherry se aburrió pronto, pero ella estaba cada vez más encantada.

Cuando ya se iban porque la madre de su amiga había llegado a recogerlas, se chocó con él y acabó en el suelo.

—Perdón —se había disculpado Ethan recogiendo sus bolsas y tomándola de la mano para levantarla.

Cindy le había dado las gracias y lo había observado irse hacia la pista de baile.

Era mucho más alto que los demás, así que no era difícil seguirlo entre la multitud.

Decidió en aquel mismo instante que no se iba sin verlo bailar.

Y lo vio. Y quedó encandilada. Aplaudió hasta hacerse daño en las manos cuando terminó el espectáculo. Ethan la miró y sonrió. Era la primera vez que lo veía sonreír y la dejó clavada en el sitio. Era una sonrisa letal, devastadora, increíblemente irresistible.

Cuando terminó el espectáculo se fue hacia la entrada y recordó que Sherry y su madre ya se habían ido. Se dio la vuelta buscando un teléfono para llamar a casa y se volvió a topar con Ethan.

—Debe de ser el destino —dijo él levantándola del suelo de nuevo.

—Debe de ser —contestó ella—. ¿Sabes dónde hay un teléfono?

—Junto a los baños.

—Gracias.

—Me iba a ir a comer algo. ¿Te gustaría acompañarme?

—¡Claro que sí, pero tengo que llamar a mi padre para que me venga a buscar!

—Yo ya he terminado por hoy, así que te puedo llevar yo.

En cualquier otra situación, jamás se habría montado en el

coche de un desconocido, pero se sorprendió agradeciéndoselo.

—En, ¿sabes lo que quieres? —preguntó Ethan devolviéndola al presente.

—¿Qué? Ah, sí —contestó—. Un sandwich de beicon, lechuga y tomate con el pan poco tostado, aros de cebolla y un batido de chocolate.

—Para mí, una hamburguesa de queso, unas patatas y café —le dijo Ethan a la camarera.

En el momento en el que la mujer se hubo ido, se instaló entre ellos de nuevo un silencio de lo más incómodo. Cindy se puso a mirar por la ventana y se reprochó no haberse bajado de la furgoneta en cuanto lo había visto.

Ethan estudió su perfil. Sabía que estar con ella solo podía acarrearle problemas. Las jóvenes blancas no daban más que problemas, pero Cindy tenía algo especial, cómo lo miraba, lo que le hacía sentir. Era irresistible. Nada más conocerla, la había invitado a cenar. Cuando le dijo que acababa de cumplir dieciséis casi se le atragantó el café. Las palabras «perversión de menores» aparecieron en su mente. Le llevaba tres años, tampoco era mucho. El hecho de que fuera rica tampoco le gustaba.

Blanca y, además, rica. Veneno. La había llevado a casa, la había acompañado hasta la puerta y se había despedido de ella con la intención de no volver a verla.

Una semana después, Cindy había aparecido en el espectáculo que hacían en la ciudad vecina. Aquella tarde había bailado como nunca porque sabía que solo tenía ojos para él. En un descanso, se encontró invitándola de nuevo a tomar algo y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban en su furgoneta uno en brazos del otro.

Tendría dieciséis años, pero no besaba como una cría.

—¿Hamburguesa con queso y patatas? —dijo la camarera sacándolo de su ensueño.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en el rancho? —le preguntó bebiendo un trago de café.

—No lo sé —contestó Cindy sirviéndose ketchup—. Hasta que esté preparada para volver a casa.

Ethan se preguntó qué les habría parecido a sus padres su huida.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando allí?

—Unos cuatro años.

—Supongo que te gustará.

Ethan se encogió de hombros.

—Es trabajo —contestó.

Mejor que la cárcel.

—¿Estás casado?

—Claro que no.

Cindy lo miró sorprendida.

—Me dijeron… bueno, que… no importa.

—¿Qué te dijeron?

—Que estabas prometido.

—¿Quién te dijo eso?

—Sally Whitefeather.

Aquella vez, el sorprendido fue él.

—No sabía que mantuvieras el contacto con ella.

—Hablamos de vez en cuando —admitió Cindy.

Sally era la mejor amiga de Ethan, habían crecido juntos en la reserva, así que tras dejarlo le había parecido que era la mejor persona con la que hablar cuando quisiera saber cómo le iba a él.

—¿Lo estás?

—¿Si estoy qué?

—¿Prometido?

—No.

—¿Lo has estado?

—Sí —admitió irritado. El compromiso se había roto por ella, precisamente, pero eso seguro que no lo sabía—. ¿Qué más te ha contado?

—Que tuviste un problema con la ley hace un tiempo —contestó Cindy deseando no haber empezado aquella conversación.

Ethan maldijo en voz baja. Aquello también había sido por ella.

—Así que es cierto…

—¿Y qué? —le espetó Ethan mirándola con frialdad a los ojos.

—Nada —contestó ella apartando el plato.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Ethan se terminó el café, pagó y se fueron. Cindy lo siguió apesadumbrada. Le hubiera gustado preguntarle por qué nunca la llamó, pero no había tenido valor para afrontar el pasado.

Volvieron al rancho sumidos en un completo silencio.

Capítulo 5

—¿Por qué ha tenido que venir? —preguntó Ethan a Wolf acariciándolo. Había descargado la furgoneta y le quedaban veinte minutos para tener que sacar a un grupo a dar un paseo a caballo, así que había decidido tomarse una cerveza.

El perro aulló en respuesta.

—Maldita sea —murmuró Ethan poniéndose en pie.

¿Por qué no se volvía a su casa con sus padres?

¿Casa? Más bien, mansión, recordó. La segunda vez que la llevó y se fijó en la enorme vivienda con guarda de seguridad en la puerta y todo supo que no tenían nada que hacer juntos. Cuando, un mes después, Cindy lo invitó a cenar las cosas fueron peor de lo que Ethan había imaginado.

Jordán Wagner lo miró como si fuera un perro abandonado que su hija hubiera recogido. Claire se había puesto nerviosa. Durante la cena hablaron educadamente del tiempo y cosas por el estilo. Al preguntarle por su familia y descubrir que se ganaba la vida bailando en el circuito indio, se quedaron con la boca abierta. Al despedirse, el padre de Cindy le había dicho un rotundo adiós y Claire no lo había invitado a volver. Había quedado claro que no era bien recibido.

Ethan sacudió la cabeza y fue hacia los establos. No podía pensar en nada peor que en aquella visita a casa de los Wagner… hasta que vio a Cindy esperando con otros seis huéspedes. Los caballos ya estaban listos. Ella lo miró sorprendida.

—Buenas tardes, damas y caballeros —saludó—. ¿Alguno de ustedes sabe montar ya? ¿No? Bueno, no pasa nada. Esta noche creerán que han estado montando toda la vida. Lo primero que vamos a aprender es a ensillar al caballo.

Fue entregando un animal a cada huésped y reservó su yegua preferida para Cindy, pero cuando llegó a ella le dijo que había cambiado de opinión y que no iba a ir.

—¿Te da miedo montar conmigo? —la desafió.

Cindy levantó el mentón y echó los hombros hacia atrás.

—Claro que no, pero creí que ya habrías tenido suficiente con lo de la ciudad.

Estarás harto de mí…

—Nunca me he hartado de ti —contestó Ethan en un susurro.

Cindy sintió que se sonrojaba de pies a cabeza, pero no pudo dejar de mirarlo.

—¿Viene o va a huir de nuevo?

—Yo no… —se mordió el labio inferior—. Voy, señor Stormwalker.

—Muy bien, damas y caballeros, vamos allá.

Tras explicarles cómo ensillar, los hizo montar, les explicó cómo manejar las riendas y se pusieron en marcha.

El paseo para principiantes era sencillo. Seguían el arroyo y subían a una loma desde la que se tenía una vista maravillosa. Era normal ver ciervos, ardillas y águilas.

Al aire libre, en mitad del campo, se sentía vivo. Pensó que, si su tía no hubiera ido a sacarlo de la cárcel, todavía estaría entre rejas. No habría podido soportarlo.

Sacudió la cabeza para apartar aquellos días tan terribles de su mente.

En lo alto, se cambió con Rudy Salazar, el otro vaquero y se puso detrás del último caballo, que era la yegua de Cindy.

Cindy tenía un estilo elegante y natural montando. Era un placer verla. Tenía el pelo más largo que antes. ¡Cuántas veces lo había acariciado!

¡Maldición! Tampoco quería pensar en ella. Tenía que dejar de pensar en ella porque era un tormento. Lo pasado, pasado estaba. No lo había creído suficientemente bueno para ella entonces y seguro que no habría cambiado de parecer.

—¡Un ciervo! —exclamó uno de los huéspedes, que llevaba una cámara de fotos.

Cindy se dijo que se tendría que haber comprado una. El paisaje era maravilloso y Ethan… ¿Había un hombre montado a caballo más bello que él? Le producía dolor tenerlo tan cerca. ¿Qué había ido mal entre ellos? Seguía sin saberlo.

Todo había empezado por una tonta discusión porque Ethan se tenía que ir a un espectáculo en el Medio Oeste y había terminado en una tremenda pelea en la que se habían dicho barbaridades. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Él se ganaba la vida así, pero ella estaba tan enamorada que no había podido soportar la idea de estar separados varios meses. Él la había acusado de ser una niña mimada y egoísta y ella le había contestado que era un bestia y un ingrato.

Aquella noche, la había llevado a casa en silencio. Cindy estaba

al borde de las lágrimas cuando llegaron. Deseaba con todo su corazón que Ethan le pidiera perdón, pero no lo hizo.

—Te llamaré —le había dicho.

—Ni te molestes —había contestado ella arrepintiéndose al instante.

Pero su orgullo adolescente le impidió pedir perdón.

Se metió corriendo en casa y se pasó toda la noche y todo el día siguiente llorando. Al final, acabó olvidándose de su orgullo y lo había llamado.

—Ethan se ha ido esta mañana a Kansas City —le había dicho Ellen Stormwalker, su madre.

Cindy había colgado el teléfono destrozada al pensar que estaba tan deseoso de no volver a verla que se había ido un día antes de lo planeado. Día tras día había llegado corriendo del colegio, esperando una llamada o un recado de Ethan, pero nada. Sus padres la habían visto tan mal que la habían mandado el verano a Europa.

En cuanto volvió, lo primero que hizo fue llamar a Sally Whitefeather y la amiga de Ethan le había dicho que estaba prometido. Cindy había querido morirse.

Para olvidarlo, se había ido a una universidad lejana. Allí, en tercer curso, había conocido a Paul que era un año mayor que ella. Su padre y él habían conectado al instante y Jordán se había mostrado encantado cuando le habían anunciado el enlace.

Paul era todo lo que Ethan no era.

Por eso, precisamente, Cindy no había querido casarse al final con Paul.

Miró al cielo y vio a un par de águilas sobrevolándolos. Ethan le había contado que los Lakota creían que aquellos animales llevaban mensajes a los Grandes Espíritus. La pluma de águila que le había regalado había sido lo único que no había tirado a la basura.

—Ethan…

—¿Sí?

Al ver que la estaba mirando, se dio cuenta de que había dicho su nombre en voz alta.

—¿Por qué fuiste a la cárcel? —dijo porque fue lo primero que se le ocurrió.

—¿Qué más da?

—Curiosidad.

—Siempre fuiste una cotilla —le espetó Ethan alejándose.

Cindy lo miró con tristeza y se preguntó por enésima vez en su vida por qué nunca le devolvió la llamada.

Aquella noche, Fio la invitó a ir con ellos a ver bailar a Ethan de nuevo, pero Cindy declinó la invitación porque le hacía demasiado daño tenerlo cerca. Le recordaba todas aquellas noches en la universidad pensando en él, preguntándose con quién saldría o si se habría casado, echándolo de menos.

Desde su cabaña, oyó los tambores y pensó que, tarde o temprano, tendría que volver a casa. No sabía qué era peor, si quedarse allí con Ethan o explicar a sus familiares y amigos por qué había dejado a Paul en el altar.

Salió a la oscuridad y escuchó el ritmo vertiginoso de la música. De repente, se encontró corriendo hacia el anfiteatro. Al llegar, buscó un asiento en la última fila, donde él no pudiera verla, y se concentró única y exclusivamente en su cuerpo.

Aquella noche iba pintado de rojo y tenía un aspecto salvaje y primitivo, como los primeros indios que tanto la apasionaban y que con tanto interés había estudiado en la universidad.

Sintió que el corazón le latía al ritmo de los tambores y percibió que Ethan estaba buscando entre los presentes. Supo exactamente cuándo la vio porque sintió un escalofrío.

Entonces, comenzó a bailar más rápido y Cindy supo que estaba bailando para ella, como en el pasado. En cuanto terminó, salió corriendo y se refugió en su cabaña.

No podía dormir en aquel estado, así que decidió ir a dar un paseo. Tomó el sendero más alejado de la cabaña de Ethan y llegó a un claro precioso bañado por la luz de la luna. Anduvo un poco más y se sentó en una piedra junto al río. Se quedó mirando el agua, deseando poder dar marcha atrás en el tiempo y recordar las palabras exactas que le había dicho a Ethan en aquella discusión.

Demasiado tarde.

Capítulo 6

Se despertó temprano después de haber pasado una mala noche. Se vistió, pidió una taza de café en la cocina porque el comedor aún no estaba abierto y tomó el mismo sendero que el día anterior.

Al pasar por los establos, oyó relinchar a un caballo y se le ocurrió que podía montar un rato. Al entrar, se encontró con un adolescente con una camiseta del rancho que estaba ensillando a unos cuantos animales. Tras asegurarle que no se iría muy lejos, consiguió que el joven le diera a Jilly, una yegua mayor y dócil.

Había aprendido a montar de pequeña, como casi todas las niñas de su clase social y no se le daba mal. Decidió tomar el mismo camino por el que los había llevado Ethan la tarde anterior. Al fin y al cabo, era para principiantes. No le podía pasar nada.

Hacía una mañana maravillosa, el cielo estaba despejado, el aire limpio y los pajarillos cantando. Al llegar a la bifurcación, decidió tomar el camino de la izquierda y no el de la derecha como el día anterior.

Perdió la noción del tiempo dejando la mente divagar sobre, cómo no, Ethan.

¿Por qué no le había pedido más detalles a Sally sobre su compromiso? No había podido. Los celos le habían hecho colgar rápidamente el teléfono. ¿Por qué no se habría casado al final? ¿O estaría divorciado? No, se lo habría dicho. ¿Seguro? No parecía muy dispuesto a hablar de su pasado. ¿Por qué habría estado en la cárcel?

De repente, se dio cuenta de que el cielo se había oscurecido y había nubarrones negros. Oyó truenos a lo lejos y se percató de que se había salido del camino. Hizo parar a Jilly y miró a su alrededor. Se había perdido.

El cielo se abrió y, en menos de un minuto, estaba calada hasta los huesos.

Entonces, cayó un rayo que dio en una rama y la incendió. La yegua, asustada, comenzó a correr al galope. Cindy intentó pararla, pero fue inútil. El animal estaba muerto de miedo, así que Cindy se agarró a ella como si le fuera la vida en ello y rezó para que Jilly supiera volver al rancho.

Atravesaron un prado al galope y, al llegar a una ladera, el animal resbaló y cayó al suelo. Cindy saltó por los aires y se golpeó la cabeza contra una rama. La yegua se levantó y siguió corriendo. Cindy suspiró, se incorporó, se dio cuenta de que el tobillo derecho le dolía horrores y, al tocarse la cabeza, vio que tenía sangre.

Ethan se despertó tarde y de mal humor. Se vistió y fue a buscar una taza de café al comedor. De camino allí, vio que los huéspedes se refugiaban. Estaba a punto de estallar una tormenta.

Millie Brown, una guapa pelirroja de ojos marrones y sonrisa fácil, le sirvió el desayuno. Llevaba ocho meses en el rancho y era de todos sabido que quería salir con él, pero Ethan había conseguido zafarse hasta el momento. Con un fracaso, ya había tenido suficiente.

De pronto, se encontró pensando en Cindy. ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo?

—Llegas tarde —le dijo su tía.

—Sí… —contestó mirando la lluvia.

—¿Te pasa algo?

—No.

—Venga, joven, te conozco bien. ¿Qué te pasa?

Ethan no contestó.

—Solo pueden ser dos cosas: dinero o una mujer. Me inclino por esto último.

Ethan maldijo en silencio. Su tía parecía adivina.

—Sobrino, ya va siendo hora de que dejes el pasado atrás. ¿Por qué no le pides salir a Millie? Está loca por ti.

—Dorothea…

—Eres mi familia y no me gusta verte así —lo interrumpió—. Si no te gusta Millie… ¿Qué te parece la señorita Wagner?

Ethan se atragantó con el café.

—Ya sé que solo va a estar unos días, pero, ¿por qué no la invitas a cenar y al cine?

—Hablando de ella, ¿la has visto?

—No —contestó Dorothea—. Estará durmiendo. Seguro que le encantaría ir al cine contigo. Se lo vas a pedir, ¿de acuerdo?

Ethan suspiró y se levantó. Lo último que necesitaba era una celestina.

—Hasta luego.

Estaba lloviendo con fuerza, así que corrió hasta las cabañas preguntándose qué excusa le iba a dar a Cindy para presentarse en su bungaló. ¿Qué hacía llamando a su puerta en mitad de la

tormenta? Ni él lo sabía.

Nada. Volvió a llamar. Era imposible que siguiera dormida. Eran más de las once. Volvió a llamar y, al no obtener respuesta, giró el pomo y entró.

—¿Cindy?

Inmediatamente, supo que no estaba. Siempre había presentido su presencia.

Cerró la puerta y se dirigió a la sala de estar, que estaba llena de gente. Los niños jugando y los mayores leyendo. Fue a la lavandería, volvió a la cabaña y, por último, fue a los establos.

—¿Habéis visto a la señorita Wagner? —les preguntó a Rudy y a Alex.

—No sé cómo se llama, pero esta mañana ha venido una chica muy guapa por un caballo —contestó el chico.

—¿Y se lo has dado?

—Dijo que solo iba a dar una vuelta…

—¿Hace cuánto fue eso?

—Un par de horas —contestó Alex encogiéndose de hombros.

—¿Qué caballo le diste?

—A Jilly.

Ethan miró la cuadra de la yegua. Estaba vacía.

—Lo siento, señor Stormwalker.

—¿Crees que le ha podido pasar algo? —le preguntó Rudy.

—No lo sé…

Se interrumpió al oír pisadas. Jilly entró al galope, sofocada, pero a salvo. Ethan la calmó y dio instrucciones a Alex para que le preparasen comida para dos días, mantas y un equipo de primeros auxilios.

—No le vamos a decir nada a Dorothea, ¿de acuerdo? No hay por qué alarmarla sin motivo.

Ethan ensilló a Dakota y fue a su cabaña a ponerse una cazadora y unos guantes. También se llevó una linterna, cerillas, una muda y el rifle. Al salir, llamó a Wolf para que fuera con él. Lo llevó a la cabaña de Cindy, tomó una camiseta y se la dio a oler al perro.

—Encuéntrala —le pidió—. Por favor, que esté bien —añadió oliendo él también la prenda.

Abandonó el rancho con la esperanza de encontrársela bajando por el camino, pero, a medida que se iba alejando, empezó a perderla. Algo iba mal. Lo presentía.

Cuando encontró su sombrero en mitad del prado, supo que así era.

Cindy se sentó y se masajeó el tobillo. Estaba calada y tenía mucho frío. Llevaba un rato intentando andar, pero no le resultaba fácil y la posibilidad de resbalarse en el barro y hacerse todavía más daño no la animaba a seguir.

Alguien le había dicho en una ocasión que, si algún día se perdía en el bosque, lo mejor que podía hacer era sentarse y esperar a que la encontraran. Así que decidió hacerlo.

No paraba de llover. Jamás se había sentido tan sola. ¿Y si no iba nadie a buscarla? Sabía que sí, sabía que Ethan saldría a buscarla en cuanto se diera cuenta de su desaparición.

¿Pero cuánto tiempo tardaría en encontrarla? La idea de pasar la noche allí la atormentaba. Allí fuera había lobos, coyotes, osos y serpientes.

¿Qué hora sería? Ethan la había enseñado a saber la hora por el sol, pero no había sol. Entonces, oyó un aullido… pero no era un lobo sino un perro. Aliviada, pensó que podía ser el de Ethan. Sí, lo sentía cerca. Miró a su alrededor y lo vio.

—¡Cindy! —gritó Ethan corriendo hacia ella—. ¿Estás bien? —añadió arrodillándose ante ella.

Asintió con lágrimas de alivio corriéndole por las mejillas.

—Vamos —le dijo tomándola del brazo para ayudarla a levantarse.

Cindy gritó al apoyar el pie derecho.

—¿Qué te pasa?

—Me he torcido el tobillo cuando Jilly me tiró.

—¿Te has hecho algo más?

—Sí, me he dado en la cabeza —contestó mostrándole el lugar exacto.

Ethan le tocó el chichón con delicadeza, la tomó en brazos, la subió a su caballo y se montó delante de ella.

Cindy apoyó la cabeza en su hombro y se adormiló. Ya no había nada que temer. Ethan había ido a rescatarla. Su caballero.

—Nos vamos a quedar aquí hasta que pase la tormenta —anunció Ethan al llegar a una pequeña cabaña entre los árboles.

—¿Qué es esto?

—Un refugio de caza.

—Ah.

En un abrir y cerrar de ojos, Ethan había encendido un fuego en la chimenea. Le dio su camiseta, una manta, una camisa y un par de calcetines de lana gorda.

Cindy se quedó mirándolo.

—No te preocupes. Voy a salir a atar al caballo, así que puedes

cambiarte tranquila —dijo saliendo por la puerta.

Ethan secó a Dakota lo mejor que pudo y la ató en la parte de atrás de la cabaña.

Su perro lo acompañó en silencio.

Al volver, se encontró a Cindy ya cambiada, metida en la cama y envuelta en la manta. Dejó el sombrero en una silla y se quitó la cazadora. Cindy no decía nada.

Debía de estar esperando a ver si se iba a desnudar. Ethan se quitó las botas, los calcetines y la camiseta, pero se dejó los pantalones.

Estuvo a punto de reírse cuando, con el rabillo del ojo, vio su cara de alivio.

Sacó un termo de café de una de las alforjas y le sirvió una taza.

—Enséñame el tobillo —le dijo.

—No me digas que también eres médico —contestó ella.

—Chamán más bien —sonrió. Cindy se mordió el labio inferior mientras Ethan le examinaba el pie.

—No parece que esté roto, pero te lo has torcido bien. Puede que tengas un esguince. A ver la cabeza.

—Me duele mucho —le aseguró Cindy.

Ethan le dio un par de aspirinas y le vendó el tobillo.

—¿Tienes hambre?

Cindy asintió.

—¿Jamón y queso o carne asada? —dijo Ethan sacando dos sandwiches de la alforja.

—Jamón, por favor.

Le dio el sandwich y se colocó frente a la chimenea con la esperanza de que se le secaran los vaqueros. Comieron en silencio, compartiendo la taza de café.

Cindy miró a su alrededor. No había mucho que ver. Aparte de la cama, había una silla, en la que estaba sentado Ethan, una mesa, otras dos sillas, donde había colocado su ropa para que se secara, una cocina, un armario y una cabeza de alce sobre la chimenea.

Al terminarse el sandwich, Cindy se dio cuenta de que se le cerraban los ojos.

—No sé si te va a venir muy bien dormir —apuntó Ethan.

—Solo un ratito… —contestó ella cerrando los ojos y durmiéndose al instante.

Ethan la tapó con la otra manta y se sentó más cerca. Tal vez, solo estuviera cansada, pero, ¿y si el golpe de la cabeza fuera más grave de lo que parecía?

Estaba muy preocupado. Se levantó y miró por la ventana. ¿Y si

volvía al rancho a buscar ayuda? No, los dos ríos que debía cruzar estarían desbordados.

Estaban mejor allí. El lugar estaba seco y tenían comida para un par de días.

Volvió junto a Cindy y la despertó.

—¿Cómo te llamas? —le dijo.

—¿Cómo? —contestó ella confusa.

—¿Cómo te llamas? —repitió.

—Me llamo Cindy, soy de Montana y estás comportándote de manera ridícula.

Ethan sonrió.

—He leído que a las personas que se han dado un fuerte golpe en la cabeza hay que despertarlas cada hora.

—¿Cada hora? ¡Será una broma!

Ethan le puso la mano en la frente para ver si tenía fiebre y Cindy sintió que se sonrojaba de pies a cabeza. Estaba demasiado cerca.

—¿Por qué lo has dejado plantado?

—¿A quién? Ah, a Paul —suspiró—. Porque era demasiado rico, demasiado dominante, demasiado parecido a mi padre.

«Y nada a ti», añadió para sí.

—¿De verdad lo dejaste en el altar?

—Sí. Sé que es horrible, no debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos, pero… —contestó poniéndose la almohada en la espalda e incorporándose.

—¿Terminaste la universidad?

—Sí, ¿cómo sabes que fui?

Ethan apartó la mirada.

—Supongo que me lo diría Sally en algún momento.

—¿Hablabas con ella de mí? —le preguntó encantada.

—De vez en cuando.

—Yo también le preguntaba por ti.

—¿De verdad?

Cindy asintió.

—La hemos debido de tener entre los dos pegada al teléfono.

—Sí —contestó Ethan.

Sally nunca le había dicho que Cindy le preguntara por él. Bueno, ¿y qué habría cambiado si lo hubiera hecho?

—Nos lo pasamos bien, ¿verdad?

—Sí —contestó mirándola a los ojos—. ¿Te acuerdas de aquella noche en la que Sally se escapó de casa y, luego, no podía entrar porque se había dejado las llaves dentro?

—Sí —sonrió Cindy—. Y a ti no se te ocurrió otra cosa mejor que subir por la enredadera para recuperarlas.

—Y lo conseguí, ¿no?

—Sí, pero estuviste a punto de romperte el cuello.

—Logré entrar y sus padres nunca se enteraron.

—Mi héroe —dijo Cindy emocionada.

¿Estaría recordando la primera vez que se lo había llamado? Había sido durante un paseo en el que se habían encontrado a un polluelo piando desconsolado por su madre. Ethan lo había recogido del suelo y lo había devuelto al nido familiar.

Ethan pensó que era una suerte que estuviera herida porque, de lo contrario, ya habría saltado sobre ella. La atracción entre ellos siempre había sido fuerte e innegable. Además, Cindy siempre había visto lo bueno que había en él y le había enseñado a verlo a él también. Carraspeó.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Te sigue doliendo la cabeza?

—Un poco —contestó bostezando.

—Duerme.

—Sí… Tú también deberías dormir —apuntó tapándose.

—No te preocupes por mí.

Sus miradas se encontraron y Cindy sintió deseos de que no había otra cosa en los últimos cinco años más que preocuparse por él, pensar en él y soñar con él, pero no lo hizo porque no creyó que quisiera saberlo.

Cindy cerró los ojos, pero sintió que Ethan seguía mirándola.

Tardó en dormirse y, cuando lo consiguió, soñó con un guerrero Lakota a lomos de un impresionante caballo.

Capítulo 7

Ethan la vigiló toda la noche y la despertó cada hora para mirarle las pupilas.

Aunque era molesto, se lo agradecía porque se sentía apreciada.

Con solo mirarlo, se le aceleraba el corazón. Ethan había sido el primer chico al que había besado, su primer amor. Había estado dispuesta a perder su virginidad con él y así se lo había hecho saber, pero él se había negado alegando que era demasiado joven para tomar una decisión tan importante.

Entonces, le había parecido humillante y se había enfadado, pero años más tarde había comprendido que tenía razón.

Con Ethan, no había temido a nada. Ni siquiera a su padre. Por él, se había enfrentado por primera vez a su progenitor. Sus padres se dieron cuenta de que castigándola y prohibiéndole que lo viera no conseguirían nada, así que terminaron dejándola salir con él a cambio de que la recogiera en la puerta de casa y la llevara a una hora prudente.

Con el tiempo, su madre le había tomado cariño y había sido ella la que la había consolado cuando su relación se había acabado.

Se levantó en silencio, se vistió, se sirvió una taza de café y se dio cuenta de que apenas le dolía el tobillo. Se sentó en la silla y lo observó dormir.

Llovía, pero menos que la noche anterior. Al cabo de un rato, Ethan abrió un ojo y la miró divertido porque lo estaba mirando.

—No hay otro sitio dónde mirar —contestó Cindy.

—¿Queda café?

—Un poco —contestó haciendo el amago de levantarse para servirle una taza.

—No, no te muevas —le indicó Ethan—. No quiero que andes.

Cindy sonrió encantada de que se preocupara por ella.

Ethan se sirvió el café y miró por la ventana. Estaba escampando. Con suerte, podrían volver al rancho a la mañana siguiente.

Vio el reflejo de Cindy en el cristal y, a pesar del tiempo transcurrido y de lo que había pasado, se dio cuenta de que la seguía deseando. Tal vez, solo hubiera sido eso, deseo. ¿Por qué no

había contestado a todas sus llamadas y a todas sus cartas?

No podía creerse que estuviera tan enfadada con él como para apartarlo de su vida.

Nada más volver del Medio Oeste, había ido a verla y la doncella le había dicho que toda la familia se había ido a Europa unos meses.

Ethan dejó la taza y apretó los puños. ¿Tanto le costaba entenderlo? Solo tenía diecisiete años. Desde el principio, había sabido que su relación era un error, pero estaba cautivado por su carácter, por su inocencia, por la admiración que sentía por él. Le había hecho creer que lo suyo podía salir bien. Sin embargo, al primer obstáculo, lo había mando todo al garete. Claro, estaba acostumbrada a que las cosas se hicieran siempre como ella quería, a tenerlo todo. Tal vez, que su relación se rompiera fue lo mejor. Aunque hubieran seguido juntos, Ethan no habría podido darle nunca la vida que ella quería, a la que estaba acostumbrada. No tenía nada que ofrecerle. Así era entonces y así era ahora.

Qué tonto había sido por creer que lo amaba. Él era un pobre indio y ella, la princesita de papá. Ella había crecido en una casa enorme, él, en la reserva; ella tenía un BMW, él, ni siquiera conducía; ella había ido a la universidad y él, a la cárcel.

Lo único bueno que había en su vida era su trabajo, orientado a que las tradiciones de su pueblo no se perdieran, a que los niños indios pudieran sentirse orgullosos de sus ancestros.

Fue hacia las alforjas y sacó una lata de atún y pan.

—¿Te ayudo?

—No, ya lo hago yo —contestó Ethan.

Cindy arrugó el ceño. La noche anterior la había tratado con tanto mimo que habría jurado que seguía sintiendo algo por ella.

Ethan le dio un sandwich y comieron en silencio. La tensión entre ellos fue aumentando a medida que avanzaba el día. Ethan se paseaba por la cabaña como un animal enjaulado y Cindy fingía que no existía, pero estaba pendiente de todos sus pasos. El hecho de que estuviera descalzo y sin camisa no ayudaba. Se moría por acariciarlo, por sentir sus brazos, su boca…

Por la tarde, dejó de llover y salió el sol. Aquello no le alegró porque quería decir que pronto volverían al rancho, que pronto se habría terminado su convivencia.

Se levantó cansada de estar sentada. Al verlo, Ethan fue automáticamente hacia ella por si se caía. En un abrir y cerrar de ojos, la tenía entre sus brazos y la estaba besando como si fuera una fuente y él un hombre sediento.

Cindy lo abrazó con fuerza y sintió cómo el deseo se apoderaba de ella. Él estaba igual y así se lo hizo notar al apretarla contra sí para que sintiera su erección.

¿Cómo podía ser, después de todos aquellos años? De repente, tenía de nuevo dieciséis años.

—Ethan… —suspiró mirándolo a los ojos.

—¿Por qué, Cindy? ¿Por qué no me devolviste las llamadas ni contestaste a mis cartas?

—¿Qué llamadas? ¿Qué cartas? —dijo ella con el ceño fruncido.

Ethan la soltó y dio un paso atrás.

—No juegues conmigo, por favor. Te estuve llamando día y noche durante una semana y te escribí varias cartas. Me las devolvieron todas sin abrir.

Cindy parpadeó sorprendida.

—No recibí ninguna.

—¡No me mientas!

—¡No te estoy mintiendo! Te llamé al día siguiente de pelearnos y tu madre me dijo que ya te habías ido. Creía que me llamarías, pero nunca lo hiciste.

Ethan la miró fijamente preguntándose si le estaría diciendo la verdad. ¿Por qué su madre no le había dicho nunca que Cindy había llamado? Muy fácil. Porque le hacía la misma gracia que a sus padres que salieran juntos.

—¿Con quién hablabas cuando llamaste?

—Normalmente, con la doncella y un par de veces con tu padre, que me dijo que no querías hablar conmigo ni volver a verme.

Cindy recordó aquella semana. Su padre había insistido para que su madre se la llevara de compras todas los días. Se iban pronto por la mañana y no volvían hasta la noche. Luego, se fueron a Europa. Le produjo un gran dolor ver la mano de su padre en todo aquello. Lo tenía todo planeado.

—No puede ser… —musitó comprendiendo que había sido así.

—Si lo que me has contado es cierto, fue así —apuntó Ethan.

—Claro que es cierto lo que te he contado. ¿Por qué te iba a mentir?

—No lo sé —contestó Ethan mirando por la ventana.

Tantos años construyendo un muro de protección alrededor de su corazón y la misma persona por culpa de la cual lo había tenido que construir lo acababa de echar abajo.

—¿Y Paul?

—¿Qué pasa con Paul?

—¿Te has acostado con él?

Cindy lo miró con los ojos muy abiertos.

—No, pero no creo que sea asunto tuyo —contestó—. No sé qué puede importar eso ahora.

—Importa —dijo Ethan mirándola.

¿Estaba celoso? Eso parecía. Cindy sintió que el hielo que envolvía su corazón comenzaba a derretirse. ¿Quería decir eso que la seguía queriendo?

—¿Ethan? —dijo esperanzada.

Ethan fue hacia ella y, en ese momento, se abrió la puerta y entró Rudy.

—¡Menos mal que estáis aquí! —exclamó su amigo—. ¿Estáis bien?

—Sí, no te preocupes —le aseguró Ethan—. Hemos pasado aquí la noche porque la señorita Wagner tenía mal un tobillo.

—He traído un caballo de sobra —anunció Rudy—. ¿Nos vamos?

—Claro —contestó Ethan recogiendo sus cosas.

Tardaron un buen rato en llegar al rancho porque tuvieron que ir con mucho cuidado. Para cuando llegaron, entre el dolor de cabeza, el camino y la conversación con Ethan, Cindy estaba exhausta.

—Dile a mi tía que estamos bien —le pidió Ethan a Rudy—. Yo voy a acompañar a la señorita Wagner a su cabaña.

Rudy asintió y se encaminó a la recepción.

—¿Estás bien? —le preguntó al ayudarla a desmontar.

—Sí.

—Te sentará bien una ducha y una siesta.

—Ethan…

—Ya hablaremos luego.

Cindy asintió. No quería discutir con él. Solo quería bañarse, comer y dormir.

—Gracias por ir a buscarme.

Ethan sonrió y se fue.

Una vez en la bañera, rodeada de burbujas de vainilla, se preguntó cómo había sido capaz su padre de hacer algo así. Habría podido pasar todos aquellos años con Ethan y no comparándolo con todos los chicos con los que salía. Ninguno le llegaba a la suela de los zapatos. Ni siquiera Paul. ¡Menos mal que había recapacitado a tiempo!

Se dio cuenta de que estaba peligrosamente cerca de volverse a enamorar de Ethan Stormwalker.

A la mañana siguiente, Ethan se despertó pensando en ella. Cuando se habían conocido era muy joven e inmadura, pero ahora… Ahora era una mujer hecha y derecha, guapa y dulce. Con solo pensar en ella, le parecía que los vaqueros se le habían quedado pequeños.

Se había acostumbrado a vivir sin ella y, de repente, la tenía de nuevo al alcance de la mano, pero, en realidad, nada había cambiado, ¿verdad? Él seguía siendo un pobre diablo que no le podía ofrecer nada y ella seguía siendo rica y tenía todo lo que quería.

Dio de comer a los caballos pensando en ella. Aquella noche, le tocaba bailar.

¿Iría a verlo? ¿Qué le habría dicho si Rudy no hubiera aparecido? Sacudió la cabeza.

Tal vez se estuviera haciendo demasiadas ilusiones. Pero aquel beso…

No pudo quitárselo de la cabeza en todo el día.

Ethan bailaba aquel día. Cindy se dijo que no era ese el motivo por el que estaba consultando el corcho con las actividades programadas, pero sabía que sí lo era.

¿Qué hacer? ¿Debía seguir los dictados de su corazón e ir a verlo o esconderse en su cabaña esperando a que fuera él quien la fuera a buscar?

Cada vez que recordaba que la había llamado y que le había escrito cartas, sentía un escalofrío por la espalda. Incluso le había preguntado a Sally por ella. Pero todo eso había sido hacía años. ¿Qué sentiría ahora?

Aquella noche se vistió con esmero y se dejó el pelo suelto porque a él le gustaba. Tras apenas cenar de los nervios fue al anfiteatro con Fio y Linda. Llegaron pronto y se sentaron en primera fila. Cindy se preguntó si estaría haciendo bien. ¿Y si había leído entre líneas y se había equivocado? Un beso no quería decir que quisiera pasar la vida con ella.

—El primer baile que voy a interpretar hoy para ustedes es la danza del trofeo

—anunció al salir al escenario.

Miraba a todos los presentes, pero Cindy sabía que le estaba hablando a ella. Y

ella no pudo apartar los ojos de su cuerpo en toda la noche. Recordó que años atrás le había pedido que bailara con él, pero le había dado vergüenza y no lo había hecho.

«Cuando sepas que te amo de verdad, bailarás solo para mí», le

había dicho Ethan entonces.

Cada vez que la miraba, sentía un inmenso calor que se apoderaba de su cuerpo y no podía evitar imaginarse la danza íntima de sus cuerpos abrazados.

Al terminar el espectáculo, sintió que los tambores la acompañaban hasta su cabaña. Se preguntó si Ethan iría a buscarla y qué significaría que lo hiciera.

Capítulo 8

Ethan se dirigió a su cabaña satisfecho de la actuación. Wolf lo recibió con un leve aullido desde el porche. Le acarició las orejas antes de entrar para cambiarse y quitarse la pintura.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en voz alta mirándose en el espejo.

Cindy había ido y se había sentado, nada más y nada menos, que en primera fila. No se había perdido ni un detalle del baile, lo había mirado con devoción. Su admiración lo llenaba de orgullo y, de hecho, había bailado mejor que nunca por ello.

Bailar para la única mujer a la que había amado había sido una experiencia casi mística.

—¿Y ahora qué? —se repitió.

No se tenía por un cobarde, pero aquella mujer le hacía sentirse débil y desorientado. No estaba seguro de tener fuerzas para arriesgar el corazón por segunda vez.

Aunque era un manojo de nervios y dudas, se lavó, se vistió y se peinó. Al final, abandonó la cabaña sintiéndose como un adolescente en su primera cita.

Cindy miró por la ventana y volvió a concentrarse en el libro que estaba leyendo. Mejor dicho, que estaba intentando leer porque, en realidad, lo que estaba haciendo era esperar a que llegara Ethan.

Cuando oyó que llamaban a la puerta, dio un brinco. Era él. Lo sabía. Tenía que ser él. Tomó aire, dejó el libro, se pasó una mano por el pelo, se levantó y fue a abrir.

Efectivamente, era Ethan y estaba más guapo que nunca. Cindy sintió que, mientras lo invitaba a pasar, se le salía el corazón del pecho.

—Hace una noche estupenda. ¿Te gustaría dar un paseo? —propuso él.

Cindy aceptó encantada decidiendo que era mejor no quedarse a solas en su cabaña.

Anduvieron por la orilla del río, en silencio. Cuando sus manos se rozaron, Cindy sintió un delicioso escalofrío.

—Has venido a verme bailar —comentó Ethan al cabo de un rato.

Cindy asintió.

—Siempre me ha encantado verte bailar. Lo sabes —dijo mirándolo—. Sin embargo, esta noche ha habido algo diferente.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Me ha parecido diferente. No sé cómo explicarlo. Más fuerte, casi como si…

—Continúa.

—Como si no estuvieras solo en el escenario.

Ethan se paró en seco. ¿Era posible que Cindy también hubiera sentido, como él, la presencia de Los Ancianos?

—Supongo que te parecerá una tontería —sonrió Cindy.

—En absoluto —contestó Ethan.

—Ethan… —dijo Cindy alargando una mano temblorosa que fue a posarse sobre el brazo de él—. ¿Tenemos alguna posibilidad?

—¡Cindy!

—No sabes lo mucho que siento lo que ocurrió —se apresuró a decir—. Era muy joven, no sabía lo que hacía. Sé que dije cosas horribles, pero no las quería decir en realidad. El orgullo me impidió retirarlas y… creo que quería que fueras a buscarme y me pidieras perdón. Me di cuenta de lo equivocada que estaba y habría contestado a tus cartas si las hubiera recibido. Tienes que creerme…

—Chist, no pasa nada. Te creo.

—¿Crees que podemos volver a intentarlo?

Ethan tenía ante sí la oportunidad que nunca había soñado con volver a tener.

La vida sin ella había sido un infierno. ¿Podría soportar volverla a perder? ¿Podría vivir con la duda?

Le acarició la mejilla.

—¿Ethan? —dijo Cindy expectante.

Ethan susurró su nombre mientras la abrazaba con fuerza.

—¿Seguro que lo tuyo con Paul ha terminado?

—Seguro —contestó Cindy mirándolo esperanzada—. ¿Eso quiere decir que…

hay esperanzas para nosotros?

—Eso espero porque llevo deseándolo cinco años —contestó él —. No quiero volver a separarme de ti.

Cindy suspiró y apoyó la mejilla en su pecho.

—Esta vez, todo saldrá bien —le aseguró.

No le había dicho que la quería, pero acabaría haciéndolo. Ethan siempre había sido parco en palabras, le costaba expresar sus

sentimientos. Tampoco podía culparlo por ser cauto, pero se moría por oírselo decir.

La besó, la tomó de la mano y siguieron caminando bajo la luz de la luna, parándose de vez en cuando para besarse. Había tantas cosas de las que hablar, tanto que decirse… pero, de momento, bastaba con estar juntos.

Aquella misma noche, incapaz de dormir, Cindy se puso a pensar en su vida, en la existencia privilegiada económicamente que sus padres le habían dado. Siempre había tenido un lugar donde comer y dormir, nunca había tenido que preocuparse por nada.

Sin embargo, tras la ruptura con Ethan se dio cuenta de que las cosas materiales que su padre le compraba para consolarla no le servían de nada.

Paul también le había comprado cosas, pero tampoco le habían hecho nunca feliz. Tal vez, a eso se refería precisamente su madre cuando le dijo que aquel hombre nunca la haría feliz. De repente, se encontró preguntándose si su madre sería feliz con su padre. Recordaba que, de pequeña, su madre solía llamar a su padre al despacho para ver si podía salir antes y hacer algo todos juntos.

Lo vio claro. El tiempo era lo realmente importante en la vida, lo único que el dinero no podía comprar.

Ethan y ella tenían todo el tiempo del mundo por delante.

Cindy se tapó la cabeza con las sábanas, pero los golpes en la puerta no cesaron.

¿Quién sería a aquellas horas? Solo podía ser Ethan, claro.

Se levantó, se puso la bata y abrió la puerta con una gran sonrisa.

—Buenos días, Cyn.

Cindy miró a aquel hombre con camisa de cuadros, vaqueros con raya y botas impolutas.

Cerró los ojos y pensó que debía de estar soñando, pero al abrirlos seguía allí.

—¡Paul! ¿Qué haces aquí?

—¿No me vas a invitar a pasar?

—¿Qué? Sí, sí, claro —contestó dando un paso atrás—. Pasa.

Tomó aire y se sentó en el sofá.

—¿Qué haces aquí? —repitió.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé —contestó Cindy.

—He venido a llevarte a casa, por supuesto. Ya has tenido

tiempo suficiente para pensar.

—No voy a volver a casa todavía.

Paul sonrió con indulgencia.

—Suponía que ibas a decirme eso, así que he pedido una habitación aquí.

—¿Aquí? —dijo alarmada—. ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Llamé á tu padre.

—¿A mi padre?

Paul asintió.

—Ha sido muy fácil seguirte el rastro.

—¿Ah, sí?

Paul asintió satisfecho de sí mismo.

—Tus tarjetas de crédito nos dijeron dónde estabas —le informó —. Bueno —

añadió dándose un golpe en la rodilla, un gesto que Cindy siempre había odiado—,

¿por qué no te vistes y vamos a desayunar? Tenemos que hablar —concluyó mirándole la mano izquierda—. ¿Y tu anillo?

—Me lo he quitado —contestó ella—. Te lo iba a devolver.

—Entiendo —dijo Paul disgustado.

—Lo siento, no debía dejar que las cosas llegaran tan lejos.

—Recordar el pasado no sirve de nada. Cometiste un error, pero te perdono.

Vamos a tomar algo.

Como de costumbre, no la escuchaba. Cindy pensó que la forma más rápida de deshacerse de él era hacer lo que le pedía, así que se vistió y salieron en dirección al comedor.

Una vez fuera, Paul la tomó del brazo como siempre hacía. Cindy miró a izquierda y a derecha rezando para no encontrarse con Ethan. No estaba de humor para explicarle qué hacía allí Paul y tampoco estaba muy segura de que la fuera a creer.

Le había dicho que entre ellos ya no había nada y Paul actuaba como si fuera todo lo contrario.

De pronto, vio a Ethan saliendo del comedor. Se estaba poniendo el sombrero y se paró en seco al verla. La miró, miró la mano de Paul, que la agarraba como si fuera de su posesión y, deliberadamente, se giró y se fue.

Cindy lo observó marcharse rezando para que le diera la oportunidad de explicarle lo sucedido.

Ethan masculló todas las maldiciones que se le ocurrieron. ¿Cómo había podido creer que Cindy ya no quería nada con su

novio rico? Porque estaba seguro de que aquel hombre era Paul. Sí, no había duda. Con ropa nueva e impecable. ¡Menudo vaquero! Debía de haber ido a buscarla para llevársela a casa, con los suyos.

¿Cómo no se había dado cuenta de que Cindy terminaría pensándoselo mejor y llamando a su casa? ¿Por qué le había dado falsas esperanzas? Cindy era como el sol, que brilla, pero no se puede tocar, y él no era más que un pobre indio destinado a admirarla desde lejos.

Volvió a maldecir. Menos mal que no le había dicho que seguía queriéndola.

Menos mal que no había hecho semejante ridículo.

Paró en los establos y le pidió a Rudy que se encargara de la excursión prevista para aquella mañana.

—¿Te encuentras mal?

—No, es simplemente que no estoy de humor para lidiar con una panda de novatos.

—De acuerdo —contestó Rudy—. No te preocupes. Ya nos ocupamos Alex y yo.

—Yo me hago la de esta tarde —sonrió Ethan alejándose.

—Muy bien —contestó Rudy.

Fue hacia su cabaña por el río y decidió terminar de domar al semental. Lo ensilló con cuidado y lo montó. El animal protestó y se encabritó, pero finalmente comenzó a trotar. Ethan lanzó el grito de victoria de los Lakota.

—Muy bien, chico —le dijo al caballo acariciándole el cuello.

—¡Bravo!

Se giró y vio que era Cindy.

—¿Qué demonios haces aquí?

Cindy se mordió el labio, dolida por su tono.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Dónde está el ricachón?

—Haciendo un par de llamadas.

—¿Qué quieres? —dijo cabalgando hacia ella.

—Ethan, por favor no me hables así. No lo puedo soportar.

—Me dijiste que lo vuestro había terminado y se presenta aquí. Qué coincidencia, ¿eh?

—¿Qué culpa tengo yo de que haya venido a buscarme?

—Vuelve con él. Aquí no tienes nada que hacer.

—¡No lo dices en serio! —exclamó Cindy—. Después de lo de anoche…

—Cindy, déjalo. No te convengo. Nunca te he convenido. Anoche, estábamos muy cerca y… —se encogió de hombros—. Lo

nuestro nunca funcionaría y lo sabes.

—¡No es verdad!

—¿No? Mírame. No tengo nada que ofrecerte.

El dolor que vio en sus ojos casi lo destrozó.

Qué fácil sería tomarla entre sus brazos y sentarla en la silla con él. La tenía tan cerca… Sí, pero, ¿y luego qué? Apretó las riendas para no tocarla. Verla con su ex le había dejado muy claro que no había esperanzas para ellos.

Paul y Cindy eran idénticos, cortados por el mismo patrón, no como él.

—Ni siquiera tengo coche.

—Puedes usar uno de los míos.

Se arrepintió al instante de haber dicho aquello, pero ya era demasiado tarde.

—Vuelve a tu casa, Cindy.

Cindy lo miró fijamente intentando no llorar. Quería rogarle que reconsiderara su postura, quería decirle lo mucho que lo quería y asegurarle que jamás encontraría a otra mujer que lo quisiera como ella.

Sin embargo, el orgullo de siempre le impidió hablar.

Ya le había dicho la noche anterior que quería estar con él y, ¿de qué había servido?

Echó los hombros hacia atrás, se giró y se alejó. Una vez fuera de su vista, lloró amargamente.

Ethan se quedó mirándola mientras se alejaba preguntándose con pavor si no acababa de cometer el mayor error de su vida.

Decidió que era mejor hacerlo cuanto antes. Aunque creyera quererlo, un par de años a su lado, con un sueldo bastante reducido, le habrían abierto los ojos. No podía darle una gran casa con personal de servicios, no podía darle tarjetas de crédito sin límite ni vacaciones en Europa. ¡Y, desde luego, no estaba dispuesto a que ella lo mantuviera!

No, era mejor haber terminado cuanto antes. Con el tiempo, Cindy se acabaría dando cuenta de que tenía razón. Incluso se lo agradecería.

Desmontó, desensilló al caballo y lo cepilló a conciencia.

Cuando terminó, se quitó el sombrero y metió la cabeza en un barril de agua. La sacó, la sacudió, se puso el sombrero y maldijo.

¿Por qué la había dejado ir? Cindy era lo mejor que le había pasado en la vida, lo único que le importaba. Pero, ¿qué podía ofrecerle? ¿Una vida en un rancho de turistas, en una cabaña de

cuatro habitaciones que ni siquiera era suya? ¿Un caballo?

¿Unos antecedentes penales?

Llenó el barril de agua y se repitió una y otra vez que había hecho lo correcto.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —le preguntó Paul.

—¿Has terminado con las llamadas? —preguntó Cindy con sarcasmo.

Al volver a la cabaña, se lo había encontrado esperándola. No sabía cómo había entrado, pero se había instalado como en su casa. Había puesto la música y se había servido un café.

—No, soy todo tuyo.

Cindy cerró los ojos y pensó lo feliz que le haría oír aquellas palabras de labios de Ethan.

—Paul, no hay nada que hacer. Lo nuestro se ha terminado.

—Mira, Cyn…

—¡Escúchame! ¿Me puedes escuchar por una vez, por favor? No te quiero.

Nunca te he querido.

—Sabes que no lo dices en serio —sonrió Paul.

Aquello era como hablar con su padre. Al igual que Jordán Wagner, Paul solo escuchaba lo que quería oír.

—Me voy a dar un paseo a caballo —dijo poniéndose el sombrero.

—Voy contigo.

—Como quieras —dijo riéndose por dentro.

Hasta donde ella sabía, Paul no había montado en un caballo en su vida.

—¿Hay sitio para dos más? —le preguntó a Alex al llegar a los establos.

El grupo que iba a salir de paseo aquella tarde ya estaba allí, pero el chico le dijo que no había problema y les asignó sus monturas.

—Aquí llega su guía —anunció Alex.

Cindy se giró esperando ver a Rudy y se quedó de piedra al ver a Ethan cabalgando hacia ellos.

Sus miradas se encontraron y saltaron chispas. «Aunque no quiera pasar su vida conmigo, me desea tanto como yo a él», pensó.

Haciendo un gran esfuerzo, Ethan consiguió apartar la vista de Cindy y la posó en Paul, que estaba a su lado.

—Este día va de mal en peor —musitó Cindy colocándose al final del grupo.

Capítulo 9

Algún diablo perverso hizo que Ethan eligiera uno de los senderos más complicados. Dejó al otro vaquero ir delante del grupo y él se puso detrás.

Al cabo de cinco minutos, se dio cuenta de que el novio rico de Cindy jamás había montado. Volvió a escuchar al diablo perverso y ordenó trotar. El señor ricachón se movía en la silla como las palomitas de maíz en la sartén.

Sin embargo, la que le llamaba la atención era Cindy, que montaba con una gracia natural y que intentaba, sin éxito, dar consejos a su prometido. Ethan sonrió.

Paul iba a terminar hecho polvo.

Al cruzar el río y ver que tomaban un camino empinado, Cindy sintió que se enfadaba todavía más. Aquel no era el sendero fácil de otras veces. Aquello era obra de Ethan, claro.

—¿Estás bien? —le preguntó a Paul poniéndole la mano en el brazo para dar celos a Ethan.

Paul la miró un poco mareado.

—Sí… Es un poco movido, ¿no?

Cindy tiró de las riendas para que su caballo bajara el ritmo. Automáticamente, el de Paul lo imitó y pronto perdieron de vista al resto del grupo.

—Perdone, señorita, pero tiene que ir al mismo ritmo que los demás —le dijo una voz grave desde atrás.

—Lo siento mucho —contestó Cindy volviéndose con una gran sonrisa—, pero el trasero me está matando —añadió.

Ethan la miró sabiendo que mentía.

Cindy le devolvió la mirada desafiándola a contradecirle.

Ethan silbó. Era la señal para que el otro vaquero fuera más despacio hasta que los alcanzaran.

Cindy sonrió y chasqueó a su montura. Sabía que Ethan la estaba mirando furioso.

Poco después, alcanzaron al grupo, pero Cindy volvió a ir más despacio adrede para irritar a Ethan. ¿Por qué? Porque no había creído en ella. ¡Qué culpa tenía Cindy de que Paul se hubiera presentado en el rancho! Le había asegurado que lo suyo había

terminado y Ethan no le había dejado ni explicarse.

Parte del enfado se le pasó al llegar a un prado precioso cuajado de flores.

Para cuando llegaron al rancho, era la hora de comer. Paul insistió en comer con ella y, como no quería comer sola, aceptó.

Al terminar, estuvieron jugando a las cartas con Fio y su marido. Cuando Ethan pasó por allí, Cindy se rió y fingió estar pasándoselo a las mil maravillas. Cuando se fue, se preguntó qué estaba haciendo. Era ridículo, pero no podía evitarlo.

A media tarde, los cuatro tomaron una copa en el bar y Cindy aprovechó para excusarse e irse a su cabaña a arreglarse para la cena.

Mientras se duchaba, pensó en Ethan y en Paul. En el primero, por ser un cabezota. Estaban empezando a arreglar lo suyo… ¡Y aparecía Paul! Inoportuno.

Se secó el pelo y, mientras se lo peinaba, se preguntó qué podía hacer para quitarse de encima a Paul aquella noche.

El destino se encargó de ese problema. Al rato, la llamó para decirle que estaba destrozado del paseo a caballo y que ya se verían en el desayuno.

Cindy colgó sintiéndose contenta y libre. Tenía ante sí una noche, maravilloso regalo que había que aprovechar.

Se puso uno de los vestidos que se había comprado en la ciudad y unas sandalias y fue hacia el comedor para consultar los espectáculos de aquella noche.

Una película de Disney y un torneo de canasta. No le apetecía ninguna de las dos cosas.

Entonces, oyó los tambores y vio que iba gente hacia el anfiteatro. Corrió hacia allí y se encontró con Linda Petersen, que le informó de que el proyector de cine se había roto y Stormwalker iba a bailar.

Los tambores comenzaron a sonar cada vez más altos. Cindy no se enteró ni de cómo se llamaba el baile que iba a interpretar ni de la historia que lo acompañaba.

Solo tenía ojos para él, para imaginarse entre sus brazos.

Su deseo fue creciendo al ritmo de la música y de sus movimientos. Estaba más sensual que nunca.

En un momento dado, sacó un cuchillo y asentó varias puñaladas a un enemigo imaginario. Cindy supo que se trataba de Paul.

Acto seguido, lanzó el salvaje grito de victoria de los Lakota y Cindy sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

Ethan se quedó quieto, sudado, mirando a los presentes. Cuando sus miradas se encontraron, Cindy comprendió que, aunque estuviera enfadado, podía recuperarlo.

Ethan miró a Cindy, que estaba preciosa con un vestido floreado que le recordaba a un prado. Lo estaba mirando como si fuera la única persona allí, la única persona del mundo. El novio rico no estaba. Ethan sonrió. La única explicación posible era que estuviera tan dolorido que no pudiera ni andar.

Los tambores sonaron de nuevo y Ethan comenzó a bailar. ¿Sabría Cindy que solo bailaba para ella, que solo tenía ojos para ella?

Al terminar, se sentó en el suelo.

—Les voy a contar, damas y caballeros, una leyenda que me contaba mi bisabuela en la reserva —anunció—. Hace mucho, mucho tiempo, cuando no había personas en el mundo, tampoco había flores en los prados. Solo hierbajos. La Tierra estaba triste porque su vestido era feo.

«Tengo muchas flores en el corazón. Ojalá me pudiera hacer un vestido con todas ellas. Flores azules como el cielo en primavera, flores blancas como la nieve en invierno, flores amarillas como el sol en verano y flores rosas como el atardecer en otoño… Todas están dentro de mí, pero cuando miro fuera, solo veo un manto marrón y gris», se dijo la Tierra.

Una florecilla rosa que la oyó, la consoló. «No se preocupe, Madre Tierra. Yo saldré y la adornaré».

Así que la florecilla salió del corazón de la Madre Tierra para embellecer los prados, pero cuando el Viento Endemoniado la vio, se enfureció. «No consentiré que me estropee mi zona de juegos», aulló.

La zarandeó y le quitó la vida, pero el espíritu de la flor volvió al corazón de la Madre Tierra.

Otras flores tuvieron el valor de seguir los pasos de la primera, pero corrieron la misma desgraciada suerte por culpa del Viento. Todos sus espíritus volvieron a la Tierra.

Al final, la Rosa de los Prados se ofreció a salir.

«Sí, preciosa, ve. Seguro que el Viento Endemoniado cae rendido a tus pies y te deja quedarte fuera», le dijo la Madre Tierra.

Así fue cómo la Rosa de los Prados emprendió el largo viaje hasta el yermo prado. Cuando el Viento Endemoniado la vio, hizo lo mismo que con sus hermanas.

Sin embargo, al acercarse a ella para rematarla, aspiró su aroma

y quedó encandilado.

«No puedo matar a una criatura con un aliento tan dulce. Quiero que se quede conmigo. Estoy dispuesto a hablar en voz baja y a cantar bonitas canciones para ella.

No quiero asustarla con mis gritos».

Así fue cómo el Viento Endemoniado cambió. Se hizo mucho más suave y solo arrojaba sobre los prados brisas. Se convirtió en Viento a secas.

Otras flores se enteraron de lo ocurrido y salieron del corazón de la Madre Tierra para hacerle el vestido más colorido y bonito del universo. Incluso el Viento acabó adorando a las florecillas.

Así, la Madre Tierra estuvo bonita gracias al valor y la dulzura de la Rosa de los Prados.

A veces, el Viento olvida su promesa y grita un poco, pero se le pasa pronto.

Nunca hiere a alguien que vaya vestido de rosa.

El público aplaudió encantado y Ethan se levantó, miró a Cindy y se fue.

Cindy se miró el vestido y frunció el ceño. Era rosa. ¿Le había querido decir algo?

Capítulo 10

Ethan se pasó buena parte de aquella noche dando vueltas por la cabaña, intentando convencerse de que no necesitaba a Cindy Wagner.

Había sobrevivido cinco años sin ella y podría hacerlo otros cinco.

Se asomó a la ventana y miró la oscuridad. ¿A quién pretendía engañar?

Llevaba cinco años, tres meses y seis días intentando olvidarla y no lo había conseguido. En todo aquel tiempo, no había pasado ni un solo día en el que no hubiera pensado en ella, en el que no se hubiera preguntado dónde estaría, qué estaría haciendo. ¿Por qué demonios no se había casado con el novio rico? Si lo hubiera hecho, aunque hubiera seguido pensando en ella, habría sido intocable.

Quizás, entonces, habría conseguido olvidarla. Sí, tenía tantas posibilidades de conseguirlo como de ganar la lotería o de que el gobierno les devolviera a los Lakota las Black Hills.

Se dio cuenta de que no iba a poder dormir, así que salió de la cabaña. Wolf lo acompañó hasta el redil donde estaba el semental.

En momentos así, se le pasaba por la cabeza volver a la reserva y vivir de los cheques gubernamentales. Muchos amigos y familiares seguían allí. Podría cazar y pescar.

No, imposible. Dorothea lo necesitaba. Su marido, su tío, había muerto hacía dos años. Además, le gustaba trabajar en el rancho.

Suspiró y se dijo que no le servía de nada recordar la reserva ni pensar en Cindy.

Ensilló al semental y lo montó. Pasó una hora enseñándole. El animal era realmente inteligente y rápido.

Lo acarició y pensó que, tras tanto ejercicio, tal vez, podría dormir.

Desmontó y salió del redil. Wolf lo estaba esperando. Miró a la oscuridad y aulló.

—¿Hay alguien por ahí, pequeño?

—¿Qué haces despierto a estas horas?

La voz de Cindy.

—Lo mismo te podría preguntar yo —contestó girándose hacia

ella.

—No podía dormir.

—Tómate un vaso de leche caliente con miel.

—A ti, parece que no te funciona, ¿no?

—No me gusta la leche. ¿Qué quieres, Cindy?

—Lo mismo de siempre —contestó mirándolo a los ojos con decisión—. A ti.

—No funcionaría. ¿Por qué no lo aceptas?

—Porque soy una niña mimada que está acostumbrada a salirse con la suya.

—Las niñas mimadas tienen que aprender a aceptar que no siempre puede ser así. Hay que aceptar la derrota.

—No me siento derrotada.

—Pues yo, sí.

—Maldito seas, Ethan Stormwalker. Sé que me sigues queriendo. ¿Por qué no luchas por mí?

—Porque no tengo munición, preciosa.

—Dime que no me quieres —lo desafió dando un paso al frente —. Dime que no significo nada para ti, que no me has echado tanto de menos como yo a ti —añadió dando otro paso—. Dime que no estás aquí, sin poder dormir, por mí.

—Maldita sea, Cindy…

Cindy le puso la mano en el pecho. No llevaba camisa y sintió su piel cálida.

Debajo de ella, su corazón latía aceleradamente.

—Dime que todo eso es cierto, Ethan, y te prometo que me iré y no volverás a verme.

Estaba cerca. Demasiado cerca y la quería más que ver otro amanecer.

—Esto no significa nada —contestó abrazándola y besándola.

Fue un beso agresivo y desesperado que los catapultó a ambos al deseo más absoluto.

—Vuelve a tu casa, Cindy —dijo Ethan apartándose de repente —. Aquí no serías feliz.

Cindy lo miró, se giró y se fue.

Lo había intentado y no lo había conseguido. Cegada por las lágrimas, volvió a su cabaña.

Le había dicho que no la deseaba, pero no lo creía.

Se negaba a creerlo. No la había besado como si no la deseara.

Se dejó caer en el sofá y cerró los ojos. ¿Por qué había ido a verlo? Tal vez. su padre tuviera razón. Tal vez, debiera casarse con

Paul. Provenían de la misma clase social, estaban cómodos juntos, le gustaba el ballet y la ópera, había hecho un MBA en la Wharton School of Business, a sus padres les caía bien.

Nunca bailaría para ella, ni pasearía a su lado descalzo por la orilla de la playa de noche, nunca le regalaría una pluma de águila, nunca le rompería el corazón….

De repente, se enfureció. ¿Qué hacía allí compadeciéndose de sí misma? Era joven, soltera, inteligente y guapa.

¡Si Ethan no lo quería ver, peor para él!

No lo necesitaba.

Mentira.

Además de todo lo anterior, era cabezota y tenaz y estaba acostumbrada a tener todo lo que quería.

Y quería a Ethan Stormwalker. Estaba decidida a conseguirlo. Le había dicho que no se sentía derrotada y era cierto.

A la mañana siguiente, Paul fue a buscarla.

—Hola, Cyn —sonrió—. ¿Lista para ir a desayunar?

No había motivo para no ir con él. Tenía hambre y, además, existía la posibilidad de encontrarse con Ethan en el comedor.

Efectivamente, así fue. Él salía cuando ellos entraban. Cindy no lo vio porque iba mirando a Paul y se tropezó con él.

Ethan la tomó del brazo para que no se cayera.

—Perdone, señorita Wagner —se disculpó con frialdad, pero con un brillo especial en los ojos.

—Ha sido culpa mía —contestó ella con la misma frialdad—. Señor Stormwalker, le presento a mi amigo Paul VanDerHyde —añadió haciendo hincapié en la palabra «amigo»—. Paul, este es Ethan. Seguro que te acuerdas de él. Fue nuestro guía ayer en el paseo a caballo.

—Sí, claro —contestó Paul sin tenderle la mano.

Ethan asintió con las manos en los bolsillos.

Cindy los miró a los dos. Parecían dos perros antes de una pelea. Se hizo un incómodo silencio.

—Ha sido un placer conocerlo, señor Stormwalker —dijo Paul al final—.

Vamos, Cyn —añadió agarrándola del brazo y haciéndola entrar en el comedor.

Se sentaron en una mesa junto al ventanal y una camarera les llevó café y les tomó nota.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Paul.

—Un empleado del rancho.

—Eso ya me lo has dicho, pero, ¿quién es de verdad? ¿Qué significa para ti?

—¿A qué te refieres? —preguntó Cindy alarmada.

—Lo conoces, ¿verdad?

—Sí, lo conocía de antes —admitió.

—¿Quién es, Cyn? ¿Qué significa para ti? —insistió Paul.

—Todo —confesó—. Lo es todo para mí.

Paul se quedó mirándola como si fuera una extraterrestre.

—¿Estás enamorada de ese? ¿De un guía indio? —preguntó sorprendido—.

Estás de broma, ¿no? —añadió riendo.

—No, Paul. Lo quiero.

—Ya —dijo Paul con frialdad—. ¿Me dejaste por él?

—Lo siento.

—¿Y él qué siente por ti?

—No es asunto tuyo. En realidad, nada de esto lo es.

—¡Cómo que no! ¡No me puedo creer que me dejaras por un… vaquero!

Cindy miró a su alrededor. Varios de los presentes los estaban mirando.

—Te he hecho una pregunta y quiero una respuesta —dijo Paul bajando la voz—. ¿Qué siente él por ti?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? —le espetó Cindy levantándose de la mesa y abandonando el comedor.

Por temor a que Paul la siguiera, corrió todo lo que pudo, cruzó el río y se tumbó bajo un árbol.

¡Hombres! Una vez había leído una tarjeta en la que se preguntaban por qué, si habían podido poner a un hombre en la Luna, no se los podían llevar a todos allí.

En aquel momento, estaba completamente de acuerdo. Así no tendría que volver a ver a Paul.

El prado en el que se encontraba era realmente bonito, cerró los ojos y pensó en Ethan. Era tan fácil imaginárselo allí…

Iba a caballo por un gran prado bajo un precioso cielo azul de verano. No había nada en muchos kilómetros a la redonda, pero no tenía miedo. Cabalgaba disfrutando del sol en la cara.

El día avanzaba, pero ella seguía cabalgando. Daba igual que hubiera anochecido y tuviera hambre y sed. Tenía que encontrarlo.

Y, de repente, lo vio. Estaba en lo alto de una colina, con la piel bronceada y el pelo negro con reflejos plateados bajo la luna.

Se paró y lo vio ir hacia ella, grande y orgulloso, como un

guerrero.

Sollozando, lo abrazó mientras él le prometía que jamás se volverían a separar.

Jamás…

Cindy se despertó con una gran sonrisa en los labios. Aquella había sido una señal de que Ethan podía ser suyo.

Cuando volvió, se encontró a Paul esperándola.

—¿Qué quieres?

—Hacer las paces —contestó entregándole un ramito de flores campestres que tenía escondido a la espalda.

Cindy dudó y lo aceptó.

—Gracias, pero esto no cambia nada. Lo nuestro ha terminado, Paul.

—Lo sé, pero no hay razón para que no seamos amigos, ¿no? —sonrió—. No hay razón para que no pasemos unos días juntos aquí.

—Paul…

—Me lo debes, ¿no crees? Un día y una noche, es lo único que te pido —

insistió—. A partir de mañana.

Cindy no creía que le debiera nada, pero le dio pena. Pensándolo bien, se había portado mal con él. Además, un día no era mucho.

—Muy bien —accedió.

—Estupendo —dijo Paul—. Por cierto, esta noche hay un baile. ¿Vas a ir?

—Quizás.

Paul iba a decir algo, pero se calló.

—Gracias por las flores. Son preciosas.

—Palidecen a tu lado.

—Paul…

—Un día y una noche —le recordó inclinándose y dándole un beso en la mejilla—. Te vendré a buscar mañana por la mañana.

Capítulo 11

Cindy estaba frente al armario, decidiendo si le apetecía ponerse un vestido e ir al baile o ponerse el camisón y esconderse en su habitación.

¿Qué debía hacer?

Ethan no quería verla, pero ella a él, sí.

Paul quería verla, pero ella a él, no.

Decidió que sus ganas de ver a Ethan eran superiores a las de no ver a Paul y, con decisión, se puso el vestido amarillo.

Ethan Stormwalker la iba a ver quisiera o no.

El centro estaba abarrotado de gente. Reconoció a los músicos Lakota con sus mujeres y a Linda Petersen. Sonrió al pensar que seguramente habría ido para ver a Ethan.

Una pequeña orquesta estaba tocando y Fio y Earl estaban bailando. Cindy fue hacia la mesa donde estaba la mayor de sus hijas y se sentó con ella.

—¿Cree que Stormwalker vendrá? —fue lo primera que le preguntó Linda.

—No lo sé —contestó Cindy francamente.

—Aunque venga, no creo que quiera bailar conmigo. Le debo de parecer una chiquilla.

A Cindy no le dio tiempo a contestar porque apareció Paul.

—¿Bailamos? —le propuso.

Cindy vio la cara de Linda. Obviamente, estaba pensando que Paul era muy guapo y tenía razón.

—Muy bien —contestó ignorando su mano y yendo hacia la pista de baile.

Paul la tomó en brazos. Siempre se les había dado bien bailar y se deslizaron por la pista como llevados por el viento. Cindy sabía que hacían una buena pareja, pero ella buscaba a otro hombre entre los presentes.

—¿Recuerdas aquella noche en Sarasota cuando bailamos en la playa? —le preguntó Paul.

—Sí —contestó Cindy.

Había sido poco antes de comprometerse, cuando estaba bajo el hechizo de Paul VanDerHyde.

—Podría volver a ser así de nuevo, Cyn.

Al principio, habían tenido buenos momentos. Sí, entonces, Cindy había creído que era más importante para él que ganar dinero. Más tarde, se fue dando cuenta de que la estaba cambiando, de que tomaba todas las decisiones y la asfixiaba.

—Voy a buscar algo de beber —anunció Paul cuando terminó la canción—.

¿Quieres que te traiga algo?

—Sí, gracias —contestó Cindy yendo hacia la mesa de los Petersen a esperarlo.

—¿Quién es el nuevo? —le preguntó Fio.

—Mi ex novio —dijo Cindy sinceramente.

—¿Ah, sí?

—Sí, rompimos el compromiso hace poco.

—Y ha venido a buscarte —dijo Linda—. ¡Qué romántico!

—Supongo que a mí también me lo parecería si lo siguiera queriendo, pero…

No terminó la frase porque vio a Ethan bailando con otra mujer. Era pelirroja, guapa e iba enfundada en unos vaqueros negros. Lo estaba mirando con unos ojos que decían claramente «Tómame. Soy tuya».

Cindy se dio cuenta de que era una de las camareras y sintió unos celos como jamás los había sentido.

—Solo tienen refrescos y limonada —anunció Paul tapándole la vista.

Cindy asintió y apretó los puños.

—Hola, soy Paul VanDerHyde, el novio de Cindy —se autopresentó.

—Ex novio —murmuró Cindy.

Nadie la escuchaba.

—Fio Petersen —se presentó Fio aceptando su mano—. Esta es mi hija, Linda, y mi marido, Earl.

Al minuto, Paul estaba charlando animadamente con Earl sobre las finanzas.

—¿Estás bien? —le preguntó Fio al cabo de un rato.

—Sí, sí, claro… —contestó Cindy decidida a no llorar.

Fio la miró con curiosidad, pero no insistió. Minutos después, las luces se suavizaron y comenzó a sonar una balada.

Ethan se rió ante una ocurrencia de su acompañante y Cindy creyó que se moría del dolor. Echó los hombros hacia atrás, miró a Paul y lo besó.

Paul la miró sorprendido, pero la besó también. Cuando abrió

los ojos, Cindy comprobó que Ethan y la camarera habían desaparecido.

Haciendo un gran esfuerzo, consiguió aguantar el resto de la noche, charlando con Fio y con Linda mientras Paul y Earl hablaban de la Bolsa, de empresas y de coches.

Cuando el baile terminó, se despidieron de los Petersen y Paul la acompañó hasta su cabaña.

—¿Ese beso ha sido para mí o para él?

Cindy se sonrojó hasta las orejas.

—No hace falta que contestes —añadió Paul enfadado—. No creo que me gustara la respuesta —añadió tomándole la mano y besándosela—. Nos vemos mañana.

Ethan se metió las manos en los bolsillos y se preguntó que demonios le había llevado a proponerle a Millie que se fueran a dar un paseo.

No era que no la encontrara guapa, pero no era el momento de tener una aventura.

¿Qué estaría haciendo Cindy? ¿Estaría paseando también a la luz de la luna con su ex? ¿Le estaría dando un beso de buenas noches? ¿Estarían planeando de nuevo la boda?

¡Maldición!

Millie le sonrió.

—¿Has dicho algo?

—No, nada.

—Estás como ausente. ¿Te pasa algo? Puedes contármelo. Se me da bien escuchar.

—Te lo agradezco —sonrió Ethan—, pero prefiero no hablar de ello.

Millie lo miró a los ojos y le puso una mano en el pecho.

—De verdad, se me da muy bien escuchar —insistió—. Ethan, sabes lo que siento por ti. Nunca ha sido un secreto que te…

Ethan se apresuró a taparle la boca.

—No digas nada de lo que te puedas arrepentir, Millie.

—¿Hay otra persona?

Ethan asintió.

—¿Es serio?

Pensó en Cindy, en cuánto la deseaba, pero en la imposibilidad de estar juntos.

¿Estaba haciendo lo correcto dejándola marchar?

—¿Ethan?

—No —contestó—. No es serio.

Ya, no.

Millie lo tomó del brazo.

—Entonces, te invito a mi casa a tomar algo y a ver una película. ¿Te apetece?

—Sí —contestó Ethan—. ¿Por qué no?

Cindy puso la radio, se sentó junto a la ventana y abrió la novela que había sacado de la biblioteca.

Pero no veía las palabras. Lo único que veía era la cara de Ethan, sonriente, abrazando a otra mujer, a una mujer con la que había desaparecido.

Hizo una mueca y lanzó el libro por los aires.

En ese momento, en la radio pusieron su canción. Llevaba cinco años sin oírla.

¿Por qué tenía que ser precisamente en aquellos momentos?

Se levantó y salió de la cabaña.

Dudó si ir a la de Ethan, pero decidió que no debía espiarlo, así que tomó la dirección contraria.

No había andado mucho cuando oyó su voz y una risa femenina. Se escondió detrás de un árbol y los vio pasar hacia las casas de los empleados del comedor.

Cindy observó que la pelirroja lo llevaba agarrado del brazo y lo mirada con adoración.

Cindy clavó las uñas en el árbol cuando vio que entraban en un bungaló.

Se quedó allí un buen rato, llorando en silencio. Al poco tiempo, se apagaron todas las luces del bungaló y con ellas se esfumaron todos sus sueños.

Capítulo 12

—Qué mal aspecto tienes. Cindy miró a Paul.

—Qué cosas tan bonitas me dices —le contestó.

—¿Has pasado una mala noche? —le preguntó besándola en la mejilla.

—¿Te importa que vayamos a desayunar? Necesito una taza de café.

—Claro.

Fueron hasta el comedor en silencio, Paul le abrió la puerta y se sentaron en la mesa más próxima.

Entonces, se dio cuenta de que Ethan estaba justo enfrente. Llevaba una camiseta roja y unos vaqueros desteñidos y estaba para servir de desayuno.

Sus miradas se encontraron. Ethan la miró con… ¿qué? ¿Remordimientos?

¿Alivio? No le dio tiempo a decidirlo porque Paul se sentó y lo tapó.

Cindy tomó la carta y se preguntó por qué había accedido a pasar aquel día con Paul si lo único que quería era quedarse en su cabaña y llorar.

—Buenos días, ¿qué quieren que les traiga para desayunar?

Cindy sintió que el veneno de los celos se apoderaba de ella al ver que Millie en persona los estaba atendiendo.

—¿Qué quieres, Cyn? —le preguntó Paul.

—Tostadas con mermelada de fresa y un café —contestó sabiendo que no iba a ser capaz de comer nada.

Paul pidió huevos revueltos, tostadas, zumo de naranja y café.

Cindy asomó la cabeza para ver cómo Millie le servía el café a Ethan. La camarera le sonrió y le tocó el hombro.

—Había pensado ir a la ciudad —dijo Paul—. ¿Qué te parece dar una vuelta, ir al cine y cenar por ahí?

—Sí, lo que tú digas.

—Tengo que volver mañana a trabajar. Lo he dejado todo en manos de Clarke y el hombre ya no puede más. ¿Te parece bien?

—No voy a volver contigo.

—Venga, Cindy, ya has hecho bastante el tonto. Ya va siendo

hora de que vuelvas al mundo real. Hemos quedado con tus padres a la hora del almuerzo mañana —le dijo tomándole la mana—. Podremos hablar de la boda.

—Paul, no me voy a casar contigo.

Como de costumbre, ni caso.

—No sé si es buena idea otra boda por todo lo alto…

—¡Paul! —exclamó golpeando la mesa—. ¿Me quieres escuchar por una vez? Se ha acabado. No te quiero y no me voy a casar contigo. Ni ahora ni nunca.

—Parece que lo dices en serio.

—Así es.

Paul dobló la servilleta, la dejó sobre la mesa, se levantó y la miró por última vez.

—Muy bien. Adiós, Cindy.

Cindy no sintió más que alivio. Lo observó mientras se alejaba. Estaba claro que nunca lo había querido.

Lo único malo de que se hubiera ido era que, ahora, Ethan la estaba mirando con una ceja enarcada.

Cindy lo ignoró y se bebió el café mirando por la ventana.

Millie le llevó el desayuno.

Asombrosamente, había recuperado el apetito. Se tomó sus tostadas, las de Paul, sus huevos y su zumo de naranja.

Al terminar, salió del comedor sin dirigirle la mirada a Ethan.

Una vez fuera, tomó aire y se fue a la sala de juegos, contenta de repente de estar rodeada de gente.

Ethan se arrellanó en su butaca. Parecía que Cindy y el novio rico habían vuelto. ¿Sería permanente en aquella ocasión? No sería difícil averiguarlo.

Aunque la casa le pagaba las comidas, dejó unos cuantos dólares en la mesa para Millie antes de irse.

—¿Va todo bien, sobrino? —le preguntó Dorothea cuando entró en la recepción.

—Sí. ¿El novato se ha ido?

—¿Cuál de todos ellos? —bromeó su tía—. Sí, sí, ya sé a cuál te refieres.

—¿Se ha ido sí o no?

—Sí, hace un ratito —sonrió—. Campo libre.

Ethan la miró con seriedad.

—No me mires así —lo reprendió Dorothea—. Está muy claro que estás enamorado de ella. ¿Por qué no haces algo al respecto antes de que sea demasiado tarde?

—Ya es demasiado tarde.
—Nunca es demasiado tarde.
—Su familia nunca me aceptaría y lo sabes. Para ellos, soy escoria.
—¡Pues hazlos cambiar de parecer! ¿Te vas a rendir sin intentarlo? ¿Dónde está el joven que yo conozco, el que lucha por lo que quiere, el que quería ser guerrero?
—No lo sé —murmuró Ethan—. ¿Dónde está?
—¡Ethan Stormwalker! No hables así, ¿me oyes? Todavía puedo darte unos azotes en el trasero.
Ethan no pudo evitar reírse.
—Bueno, ¿no tienes clases de equitación con las hijas de los Petersen en un rato?
—Sí, señora. A eso iba.
—Ten cuidado con la mayor. Ya sabes que le gustas.
Ethan sabía que Linda creía estar enamorada de él. ¡Ojalá Cindy lo mirara como ella! Se puso el sombrero y salió de la recepción.
Cindy lo había mirado así antes y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que se repitiera.

Cindy se paseó por la sala de juegos, pero no le apetecía leer ni jugar a los videojuegos. Pensó que un baño en el río le sentaría bien, pero no tenía bañador.
Estaba yendo a la tienda de regalos para comprarse uno cuando oyó la voz de Ethan.
La siguió hasta el redil. Allí estaba, enseñando a montar a las niñas Petersen. En aquellos momentos, era Linda la que estaba sobre el caballo y prestaba más atención al profesor que a la lección.
Ethan estaba serio, intentando evitar el flirteo de la adolescente sin herirla.
Cindy se quedó observando toda la clase, feliz de poder mirarlo a escondidas y pensando que sería un gran padre.
Cuando se despidió de las niñas, Cindy se giró para irse.
—Ya puedes salir —dijo Ethan.
Se quedó helada.
—Sé que estás ahí.
Echó los hombros hacia atrás y salió.
—¿Cómo lo sabías?
—Porque te huelo.
—Ya.
—Es verdad.

—¿Ah, sí? ¿A qué huelo?

—A melocotón.

Cindy se sonrojó de pies a cabeza. Aquella mañana se había lavado el pelo con un champú de melocotón.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó desensillando al caballo—. ¿No te habrás apuntado a clases de equitación?

—No.

Ethan se quitó el sombrero y fue hacia ella.

—¿Entonces?

Cindy lo miró con el corazón latiéndole aceleradamente.

—¿Hacemos las paces?

—No sabía que estuviéramos en guerra… Muy bien, paz. Esta noche hay un baile después de cenar.

—¿Otro?

—Hay baile todos los viernes y sábados por la noche. Te paso a buscar a las ocho, si te parece bien.

—Perfecto.

Qué complicada era la vida, pensó Cindy de regreso a su cabaña. Una semana antes a aquella hora, estaba junto a Paul frente al altar, sudando y pasándolo mal.

Ahora, sonreía y estaba feliz.

Se duchó, se lavó el pelo y se depiló las piernas con mariposas de anticipación revoloteándole en el estómago.

Se puso perfume, eligió el vestido azul y se miró al espejo. No estaba mal.

Se sentó a esperar a Ethan, se levantó, miró por la ventana y se volvió a sentar para que no creyera que lo estaba esperando nerviosa.

Cuando llamó a la puerta, contó hasta cinco para abrir.

—Hola —lo saludó.

—Hola, ¿estás lista?

Cindy asintió.

—Estás para comerte —le dijo con voz ronca.

—Tú, también —contestó ella.

—Espero que tengas hambre.

—¿Cómo?

Ethan sonrió como el lobo de Caperucita Roja.

—Para cenar —le aclaró.

Ambos sabían que no se estaba refiriendo a la comida.

—¿Nos vamos?

—Sí —contestó Cindy dejando que el Gran Lobo Malo la tomara

de la mano.

Al llegar al comedor se encontraron con que la orquesta no era la misma que la noche anterior y que no había niños, seguramente porque aquella noche sí que servían bebidas alcohólicas.

Pidieron carne con patatas para cenar y se fueron a bailar. Estaban tocando Cherish, una de las canciones preferidas de Cindy, que no pudo evitar suspirar cuando Ethan la tomó entre sus brazos.

Era tan maravilloso apoyar la cabeza en su pecho y oír su corazón. Cerró los ojos y se olvidó del mundo. Solo existía Ethan.

Bailaron varias canciones y, cuando volvieron a la mesa, la cena ya estaba servida. Cindy apenas probó bocado. Al terminar, Ethan pagó, pidió un par de refrescos, la tomó de la mano y la condujo fuera.

Rodearon el edificio y se sentaron en un lugar solitario desde donde se oía la música.

—Qué noche tan bonita hace, ¿verdad? —apuntó Cindy—. Hay un montón de estrellas —añadió mirando al cielo—. ¡Mira, una estrella fugaz! ¡Corre, pide un deseo!

Ethan se rió.

—¿Sigues creyendo en eso como los niños?

—Sí, tal vez siga siendo una niña.

—No lo pareces —dijo Ethan dejando su vaso en la barandilla.

—¿No?

—No —dijo dejando el vaso de Cindy junto al suyo—. Pareces una mujer que quiere que la besen.

—¿De verdad?

Ethan asintió y se inclinó sobre ella.

—Si me estoy equivocando, dímelo.

—Ethan, bésame de una vez…

Gimió al sentir sus labios en la boca y sus manos en la cintura.

—Cindy…

—Dime.

—¿Podríamos intentarlo de nuevo?

—Oh, Ethan…

—¿Eso es sí?

—¡Sí!

—Escucha, están tocando nuestra canción.

Bailaron bajo la luz de la luna.

«Qué momento tan mágico», pensó Cindy.

—¿Podríamos montar a caballo mañana? —le propuso de camino a su cabaña.

—No, tengo que ir a la reserva. Se lo prometí a mi tío. Hay un

espectáculo y tienen mucho trabajo.

—¿Te vas? ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Uno o dos días. Se lo prometí y tengo que ir.

—Oh —dijo Cindy decepcionada.

—¿Quieres ir conmigo?

—¿Puedo?

—Claro.

Cindy sonrió encantada.

—¿A qué hora quedamos?

—A las siete y media de la mañana —contestó Ethan besándole la punta de la nariz al dejarla en la puerta de su cabaña—. Llévate algo de ropa por si nos quedamos a dormir.

Capítulo 13

Puntual, la fue a recoger.

—¿Lista, dormilona?

Cindy asintió mientras Ethan tomaba su bolsa de viaje.

—Puedes dormir en la furgoneta.

—Estupendo —contestó ella bostezando y subiéndose al vehículo.

Una vez dentro, apoyó la cabeza en el regazo de Ethan y se quedó dormida.

Mientras conducía, él la miraba de vez en cuando preguntándose si no habría sido un error llevarla a la reserva.

La mayoría de los blancos que iban allí quedaban horrorizados. Y no era para menos, pero, si querían tener un futuro juntos, Cindy tenía que saber de dónele procedía él y él quería ver su reacción.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Cindy cuando salieron de la autovía y tomaron un camino de piedras.

—Casi —contestó Ethan.

Cindy miró por la ventana. No se había parado a pensar qué esperaba ver pero, desde luego, no aquello.

No había árboles, ni prados y pocas flores. Lo que sí había eran casas pequeñas, cuadradas y sin pintar y coches abandonados. Había muebles aquí y allá y perros corriendo en manadas.

Recordaba haber leído que en la Reserva de Pine Ridge el paro era del 85% y que el 65% de los niños vivían por debajo del umbral de la pobreza. Viendo aquellas tierras inhóspitas, entendió por qué el gobierno se las había dado a los indios. ¿Quién más las iba a querer?

—¿Tu tío vive aquí?

Ethan asintió comprendiendo por su tono de voz y su cara que estaba horrorizada. Atravesaron el centro de la reserva y llegaron a un claro donde había mucha gente. Hombres y mujeres iban vestidos de colores, con plumas y mocasines de piel.

Había mesas muy grandes con objetos de artesanía india y cientos de turistas se paseaban comiendo perritos calientes.

—¿Quieres que demos una vuelta? No me toca bailar hasta dentro de un rato.

—Claro —contestó Cindy.

Anduvieron entre los puestos de venta y Ethan le compró un cazador de sueños, un objeto en forma de tela de araña que su pueblo ponía sobre la cama para que atrapara las cosas buenas y dejara escapar las malas por el agujero del medio.

La tomó de la mano y la condujo hacia el lugar donde estaban bailando. En aquel momento, un grupo de mujeres que se movía maravillosamente estaba interpretando una danza de seducción.

Las siguieron un grupo de hombres que interpretaron la misma danza desde el punto de vista masculino.

Por último, un bello adolescente que se movía como un gamo y al que el público aplaudió encantado.

Llegó el turno de Ethan y tuvo que ir a vestirse. Cindy se sentía un poco fuera de lugar allí sola, rodeada de gente que no conocía. Se había dado cuenta de que muchas personas los habían mirado con curiosidad.

Poco después, anunciaron la danza tradicional de los Lakota. Ethan le había contado que era la danza más importante de su pueblo y que solo unos pocos guerreros podían interpretarla.

Diez hombres salieron al escenario. A pesar de la pintura y de las plumas, Cindy identificó rápidamente a su guerrero. Sus pasos y movimientos eran los de un guerrero buscando a su víctima.

Siempre le había encantado su herencia india, pero en aquellos momentos la apreció más que nunca.

El resto del día se desarrolló de forma alegre y colorida al ritmo de los tambores. Ethan le presentó a su tío, Larry Two Hawks, a amigos de la infancia, a sus primos, a su tía y a su abuela.

Todos la recibieron con una gran sonrisa, pero la miraban con curiosidad.

Por la noche, encontraron un lugar donde estar a solas.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Ethan disimulando su ansia por conocer su parecer.

—¡Me ha encantado! —contestó Cindy entusiasmada—. Todo. Tu familia es encantadora, pero me mira un poco como si fuera un bicho raro.

Ethan la abrazó.

—Seguramente porque es la primera vez que traigo a una mujer a casa.

Cindy se dio cuenta de la importancia de aquellas palabras.

—¿Tienes casa aquí?

—No, la de mi madre está cerrada. Cuando vengo, me suelo quedar en la de mi tío.

—¿Y tu madre dónde está? ¿No ha venido hoy?

—No, vive en Bozeman. Ya te la presentaré, pero es que no viene nunca a la reserva.

—¿Por qué?

—No lo sé. Creo que se peleó con sus hermanos hace años, pero no estoy seguro. Una vez se lo pregunté, pero no me lo quiso contar —contestó mirándola—.

Y yo tampoco quiero hablar de ello —añadió besándola.

Un simple beso que la dejó sin respiración y completamente acalorada. Le temblaron las rodillas y tuvo que abrazarlo para no caerse al suelo.

Ethan sonrió al darse cuenta del efecto de sus besos.

—Es tarde —anunció—. Será mejor que volvamos.

—¿Dónde vamos a dormir?

—En casa de mi tío.

—Ah —dijo Cindy decepcionada.

—No me fío de mí mismo a solas contigo —confesó Ethan.

Era lo correcto y Cindy lo sabía, pero, entonces, ¿por qué no le gustaba la idea?

El día siguiente pasó muy rápido. Cindy encontraba los bailes y los trajes indios tan bonitos que pensó que jamás se hartaría de verlos.

En el camino de regreso, hablaron de todo un poco. Ethan creía que a Cindy no le iba a gustar la reserva, que, acostumbrada a su mundo de riqueza, los indios le parecerían inferiores, pero no fue ni mucho menos así. Cindy solo tenía palabras de admiración y respeto para su pueblo.

Le contó varias leyendas de sus antepasados, que le había contado su tío cuando era pequeño, y Cindy lo escuchó encantada.

—Tu tío ha sido importante en tu vida, ¿verdad?

—Sí, él siempre me ha animado a luchar por lo que quisiera. Siempre me ha dicho que podría hacer lo que quisiera siempre y cuando creyera en ello.

—¿Y qué quieres?

—Simplemente, lo que tengo —contestó Ethan mirándola de reojo.

—¿Eres feliz trabajando en el rancho? ¿No quieres ser médico o abogado?

—No, ni jefe indio tampoco —sonrió—. Soy feliz siendo un indio normal y corriente.

—Pero podrías ser mucho más.

—Algún día, el rancho será mío. Mi tía no tiene más familia que yo. Nunca seré rico, pero allí soy feliz. Me gusta la vida del rancho, me gusta ser mi propio jefe y me gusta estar cerca de la reserva.

Cindy asintió, pero no dijo nada.

Ethan suspiró. Estaba seguro de que Cindy lo amaba y él la amaba a ella, pero se preguntó si el amor era suficiente cuando dos personas provenían de mundos tan diferentes.

—Se me había olvidado decirte que mañana por la noche voy a dormir con un grupo al aire libre.

—¿Y eso?

—Quieren hacer una hoguera, cantar y dormir bajo las estrellas.

—Suena muy bien. ¿Puedo ir?

—Me temo que no.

—¿Por qué?

—No hay caballos suficientes.

—Oh.

—Solo será una noche.

—Ya, pero es que nos hemos perdido tantas…

Pocos minutos después, entraron en el rancho y Ethan la acompaño a su cabaña. Una vez allí, se despidió de ella con un beso en la nariz.

—¿No quieres pasar un rato?

—Nos vamos mañana a las seis de la mañana.

—Muy bien.

—¿Me vas a echar de menos?

—Quizás.

—¿Solo quizás? —dijo besándola y jugando con su pelo.

—Está bien, está bien —sonrió Cindy—. Te voy a echar de menos.

—Eso está mucho mejor…

—Solo un poco —bromeó.

Ethan la besó con pasión hasta que Cindy sintió que se derretía.

—Mucho —confesó.

—Vendré a verte en cuanto vuelva.

—Muy bien. Te cuidado. Ethan…

—¿Qué?

—¿Me das otra beso?

Ethan aceptó encantado.

Cindy lo vio alejarse y pensó que la quería. Aunque no se lo hubiera dicho, estaba claro que la quería.

Capítulo 14

Oyó un golpe en la puerta. No quería despertarse porque estaba teniendo un sueño precioso en el que Ethan y ella estaban sentados junto a un río al atardecer y él se inclinaba sobre sus labios con ojos preñados de deseo. Apartó las sábanas y se levantó.

—¡Ethan! ¿Qué haces aquí? —dijo al abrir la puerta bostezando —. ¿Sabes la hora que es?

—Las siete y cuarto —contestó abrazándola—. Tendría que estar ya en los establos, pero, aunque tengo a doce huéspedes esperándome, he tenido que venir a por un último beso.

—Mejor dos o tres, ¿no? —sonrió Cindy—. Ya que has venido hasta aquí…

—Recuerda que has prometido echarme de menos —le dijo tras besarla.

—Lo recuerdo. Ya te echo de menos.

—Sabiendo que me estás esperando, no sé si voy a ser capaz de llevarlos muy lejos —dijo besándola de nuevo y yéndose.

Cindy se volvió a meter en la cama con una gran sonrisa. Poco después, sonó el teléfono.

—¿Cindy?

—¿Mamá? —contestó incorporándose.

—Sí, cariño, soy yo. Tienes que volver cuanto antes. Tu padre…

—¿Qué le pasa?

—Está en el hospital… el corazón… es grave.

—Ahora mismo alquilo un coche y voy para allá. No te preocupes.

—Date prisa.

—Sí. Te quiero, mamá. Hasta pronto.

Colgó el teléfono y saltó de la cama. Veinte minutos después, estaba vestida, con sus cosas recogidas y esperando a que alguien la llevara a la ciudad.

Su padre estaba en el hospital. No se lo podía creer. Siempre había sido un hombre muy fuerte.

Deseó haberle dicho lo mucho que lo quería la última vez que había hablado con él por teléfono. ¿Y si no lo volvía a ver con vida?

De camino a la ciudad, se dio cuenta de que se había ido sin

dejarle una nota a Ethan.

Aquella misma tarde, llegó a casa.

—¿Mamá? —gritó entrando corriendo.

—No está —contestó la doncella.

—¿Dónde está? ¿Y mi padre?

—Se ha ido al hospital. Su padre empeoró esta mañana. Los médicos…

No esperó a oír el resto de la frase. Salió corriendo, se subió al coche de nuevo y condujo con toda su atención puesta en la carretera, que estaba abarrotada de coches.

No quería pensar en su padre para no llorar.

Diez minutos después, llegó al aparcamiento del hospital. Miró el edificio.

Odiaba los hospitales, su aspecto, cómo olían…

Tomó aire, salió del coche y entró corriendo en el vestíbulo.

—¿Le puedo ayudar en algo? —le preguntó la recepcionista.

—Sí, ¿me podría indicar la habitación de Jordán Wagner?

La enfermera consultó el ordenador.

—Está en la tercera planta, en cuidados intensivos.

—Gracias —dijo Cindy corriendo hacia el ascensor.

Mientras subía, rezó para llegar a tiempo. Se bajó del ascensor y siguió los carteles que llevaban hasta la UCI.

A lo lejos, vio a su madre sentada en una silla.

—¡Mamá!

—¡Cynthia! —exclamó su madre corriendo hacia ella.

Cindy la abrazó con fuerza.

—¿Qué tal está?

—Mal. Solo me dejan entrar a verlo cinco minutos cada hora.

—¿Qué tal estás tú? ¿Has llamado al tío Jimmy? Vamos a sentamos.

Cindy llevó a su madre hasta la fila de sillas, se sentaron y la tomó de la mano.

Claire estaba pálida y con ojeras.

—Jimmy e Ilsa llegan esta noche.

—¿Qué ha pasado? Papá no ha estado enfermo en su vida.

—Estábamos viendo la televisión —contestó su madre llorando— y tu padre se levantó a buscar algo de beber. Oí un ruido en la cocina, fui y me lo encontré en el suelo. Se había dado en la cabeza al caer y se había hecho una buena brecha.

—¿Por qué no me llamaste entonces?

—Lo intenté, pero estaba siempre comunicando. Luego, todo se

complicó y…

—se interrumpió para tomar aire—. Estaba tan nerviosa que el médico me tuvo que dar un sedante.

—No pasa nada, mamá. Estoy aquí.

—El médico dice que debe de llevar mucho tiempo con el corazón mal, que no sabe cómo no le ha dado antes. Ya conoces a tu padre. No para, no se hace chequeos, no descansa y fuma mucho —dijo Claire apretando la mano de su hija—. Tengo miedo.

—Lo sé, mamá, pero no va a pasar nada. Se va a poner bien, seguro —la tranquilizó Cindy.

—Me alegro mucho de que estés aquí —intentó sonreír su madre —, ¿Te lo has pasado bien en el rancho?

Cindy asintió.

—Estaba allí, mamá.

—¿Paul? Sí. lo sé. He hablado con él. Vendrá mañana.

—No, Paul, no. Ethan.

—¿El bailarín indio? ¿Por eso fuiste?

—No sabía que trabajaba allí, pero sí que el rancho era de su tía.

—¿Por eso dejaste a Paul?

—Sí, lo quiero. Nunca he dejado de quererlo.

—Cynthia, cariño…

—No digas nada.

—Muy bien, haz lo que quieras, pero no se lo digas a tu padre. No es el momento.

—¿Dónde está Lance?

—En la montaña con los Long. No hay manera de localizarlo.

—¿Y Joe? —preguntó Cindy refiriéndose a su hermano mayor, que era abogado y vivía en Boston.

—Vendrá en cuanto pueda.

Fue un día muy largo. Pasaron por turnos a ver a Jordán. Cindy se sorprendió de lo viejo y delgado que estaba. Estaba pálido y frío y tenía los pómulos metidos hacia dentro. Estaba rodeado de monitores y cables.

No era agradable verlo así.

Bajó con su madre a cenar a la cafetería aunque ninguna comió mucho.

Intentaron hablar de cosas que no tuvieran nada que ver con el estado de su padre, pero pronto se quedaron sin temas de conversación. ¿De qué iban a hablar con su padre a un paso de la muerte?

Al subir de cenar, su madre entró a verlo. Cindy se quedó sentada fuera y pensó en Ethan. En aquellos momentos, debía de

estar en su saco de dormir, mirando las estrellas. ¿Estaría pensando en ella? ¿De verdad tenían una oportunidad?

Provenían de mundos muy diferentes, pero lo importante era que se querían, ¿no?

Ethan era un hombre inteligente. No le costaría mucho encontrar un trabajo en la ciudad y podrían comprarse un apartamento cerca de la casa de sus padres. Ella también trabajaría, claro.

Frunció el ceño. ¿Y si Ethan quería quedarse en el rancho? A ella le costaría acostumbrarse, pero estaba dispuesta a intentarlo.

Tarde o temprano, sus familias no tendrían más remedio que aceptar su relación. Si no… No quería pensarlo.

Quería mucho a sus padres y sabía que Ethan también quería mucho a su madre. ¡Tenían que conseguir que los entendieran y que aquello funcionara!

Ethan se puso los brazos detrás de la cabeza y miró las estrellas. Habían hecho una excursión muy bonita y todos dormían ya.

Hacía una noche preciosa. Solo le faltaba Cindy a su lado. Entonces, habría sido perfecta. No se podía creer que estuviera con ella de nuevo, que hubiera vuelto a su vida.

¿Era un error creer que podían retomarlo donde lo habían dejado? Al fin y al cabo, nada había cambiado. Ella seguía siendo una niña rica y malcriada y él, un indio con antecedentes penales.

Sacudió la cabeza al recordar la noche que había pasado en el calabozo. Había sido poco después de su ruptura. Había ido a un bar con unos amigos, sus novias y una preciosa rubia con la que estaban intentando emparejarlo.

Normalmente, no solía beber más de un par de cervezas, pero aquella noche se tomó whisky tras whisky como si fueran vasos de agua para intentar olvidar a una chica de pelo negro y ojos azules.

Estaba bien borracho cuando un cretino comenzó a hacer bromas pesadas sobre los indios que salían con mujeres blancas.

Se contuvo hasta que el hombre empezó a meterse con la rubia que lo acompañaba. Le dijo que parara, pero el hombre no se calló, así que de las palabras pasaron a los puños y, en un abrir y cerrar de ojos, Ethan se encontró arrestado por borrachera y escándalo público.

Dorothea lo había sacado de allí. Siempre que recordaba el lamentable episodio, se avergonzaba.

Pensó que no era suficientemente bueno para Cindy aunque, desde entonces, apenas bebía.

Sonrió al ver una estrella fugaz. Cindy siempre cerraba los ojos y pedía un deseo. Siempre le había tomado el pelo por ello, pero aquella noche Ethan también lo hizo.

Capítulo 15

—¿Dónde vas? —le preguntó Rudy colocándose a su lado—. Es por ahí.

—Vamos a tomar un atajo —contestó Ethan.

—Si vamos por ahí, llegaremos tres horas antes de lo previsto.

Ethan asintió. No aguantaba más sin ver a Cindy.

—¿Y si se quejan?

—No creo.

Ambos miraron a los huéspedes, que parecían agotados.

—Muy bien, tú mandas —dijo Rudy.

Ethan espoleó a Dakota para que fuera más deprisa.

—¿Se ha ido?

Maldición. No tendría que haberla llevado a la reserva.

—¿Cómo que se ha ido?

—Cálmate, sobrino —le dio Dorothea.

—¿Dónde?

—No lo sé —contestó su tía—. Los turistas no suelen dejar sus direcciones.

Ethan maldijo. Llevaba dos días pensando en ella, en cuando la volviera a ver, contando las horas y ella se había ido.

—Luego te veo —se despidió.

Dorothea se giró para contestar al teléfono.

—Ethan, es ella —le dijo cuando su sobrino estaba ya en la puerta.

Ethan tomó aire y agarró el auricular.

—¿Sí?

—Ethan, hola.

—Hola.

—¿Qué te pasa? Suenas raro.

—¿De verdad? ¿Será porque no creía que ibas a estar aquí a mi regreso? —rió amargamente—. Tienes costumbre de salir huyendo en cuanto me doy la vuelta, ¿eh?

—¿Crees que he huido?

—Parece bastante obvio que es lo que has hecho, ¿no?

—No.

—¿No has huido? Qué gracioso porque yo no te veo por aquí.

—Ethan, escúchame…

—Te escucho —le dijo secamente.

—Mi padre ha tenido un infarto.

Ethan maldijo en silencio.

—Tendría que haberte dejado una nota, pero todo fue muy rápido y no me di cuenta.

—Cindy, cariño, lo siento. ¿Qué tal está?

—Mal, pero los médicos no nos dicen mucho más.

Ethan la oyó llorar y deseó poder estar a su lado para consolarla en lo posible, para poder al menos agarrarla de la mano.

Se maldijo a sí mismo por ser un bocazas.

—Cindy, mira…

—Mi madre me está llamando, Ethan. Te tengo que dejar.

Ethan se quedó mirando el auricular mudo y se sintió el mayor imbécil del mundo.

—¿Todo bien? —le preguntó su tía.

—No —murmuró dándose cuenta de que si no conseguía que Cindy volviera a su vida, nada volvería a estar bien jamás—. Necesito unos días.

—¿Cuántos? Estamos hasta arriba hasta octubre y no damos abasto, ya lo sabes.

—¡Maldita sea! —exclamó Ethan golpeando el mostrador.

—¿Me quieres decir qué pasa?

—El padre de Cindy está ingresado. Ha tenido un infarto.

—¿Te ha pedido que vayas?

—No —gruñó—. Me ha llamado para explicarme lo que había pasado y yo me pongo a acusarla de haber huido. Como si eso importara cuando tu padre está a un paso de la muerte.

—Llévate la furgoneta —intervino Dorothea—. Está mejor que el coche.

—Pero…

Su tía hizo un gesto en el aire con la mano.

—No te preocupes. Ya nos las apañaremos —dijo poniendo las llaves sobre el mostrador.

—Gracias, Dory —dijo Ethan besándola en la mejilla—. Te debo una muy grande.

—Date prisa, anda.

Cindy se limpió las lágrimas antes de ir a reunirse con su familia. Joe y su mujer, Kim, habían llegado hacía un rato con sus tres hijos. El tío Jimmy y la tía Ilsa lo habían hecho poco antes.

Incluso el socio de su padre, Thad Norwood, acababa de llegar.

Cindy lo saludó y se sentó junto a su madre deseando que Ethan estuviera allí con ella. Tenía más miedo que nunca y le gustaría tenerlo a su lado para que lo ahuyentara, para que le dijera que todo iba a salir bien y para, si no era así, poder llorar en su hombro.

Pero no estaba y, después de su reacción al teléfono. Cindy no había querido pedirle que fuera un día o dos, como tenía pensado.

Hizo un gran esfuerzo para no llorar e intentó prestar atención a la conversación de los demás. No podía derrumbarse ahora que su madre la necesitaba más fuerte que nunca. No se sentía fuerte sino triste, asustada y sola.

A medianoche, Joe se llevó a Kim y a los niños a casa para que durmieran. El señor Norwood se fue un poco después y prometió llamar por la mañana. Jimmy e Ilsa decidieron ir a dar una vuelta y a comer algo.

Su madre se había quedado medio dormida en la silla.

Cindy se levantó y se estiró un poco antes de tapar a su madre con el abrigo.

Odiaba los hospitales, odiaba esperar, odiaba no saber si su padre saldría con vida de allí.

Anduvo por el pasillo y miró por la ventana. Bajó la cabeza e intentó rezar.

Al levantar la cabeza, vio en el reflejo del cristal que no estaba sola. Un hombre alto y de espaldas anchas estaba detrás de ella.

Sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Ethan —musitó corriendo hacia él.

Cerró los ojos y se perdió en su abrazo. Al menos, una de sus oraciones había sido escuchada.

Capítulo 16

Ethan la abrazó con fuerza, temeroso de no encontrar el valor jamás de dejarla ir. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había sentido miedo en su vida.

Nada comparado al instante en el que Cindy se había dado la vuelta. Podría haberlo ignorado, abofeteado, haberle dicho que se fuera, que no quería volver a verlo. Después de cómo se había comportado, le habría parecido que se lo merecía.

Le acarició el pelo y la espalda. Sintió que temblaba y lloraba y la abrazó con más fuerza.

—No pasa nada —murmuró—. Todo va a salir bien, cariño. No llores.

—No puedo creer que estés aquí —sollozó levantando la cabeza.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó asustado.

—¡No! —exclamó aferrándose a su camisa—. Oh, Ethan, tengo tanto miedo de que se muera. ¡No se puede morir! La última vez que hablamos, fue para pelearnos.

Ethan no supo qué decir, así que la volvió a abrazar porque seguía llorando.

Fue entonces cuando Claire Wagner se despertó, Joe salió del ascensor y Jimmy e Ilsa volvieron de su paseo.

Si no hubiera sido porque Ethan carraspeó, Cindy podría haber seguido toda la noche aferrada a él llorando.

Su madre estaba mirando a Ethan como si estuviera viendo a un fantasma.

Joe, Jimmy e Ilsa se quedaron en el sitio al ver a Cindy abrazada a un desconocido.

Si no hubiera estado tan preocupada por su padre, se habría reído al ver sus caras. Su madre, de sorpresa. Joe, dispuesto a golpear al hombre que abrazaba a su hermana con tanta confianza. Jimmy, de confusión e Ilsa, de envidia.

Entonces, cuando Cindy creía que las cosas no se podían poner peor, se abrió la puerta del ascensor y apareció Paul.

—Cindy, ¿por qué no nos presentas a tu amigo? —propuso Claire poniéndose en pie.

—Sí, eso, ¿por qué no les presentas a los demás el hombre por el

que me has dejado? —dijo Paul.

Ethan lo miró con los ojos entornados.

Cindy le apretó el brazo.

—Os presento a Ethan Stormwalker. Ethan, a mi madre ya la conoces. Este es Joe, mi hermano mayor y ellos son Jimmy e Ilsa, mis tíos.

Ethan asintió.

—¿Qué hace este aquí? —saltó Paul.

—Te podría hacer yo a ti la misma pregunta —contestó Ethan

—Por favor, no es el momento ni el lugar —dijo Claire.

—Tienes razón, perdona —se disculpó Paul pasándole el brazo por los hombros.

Todos se sentaron y Jimmy e Ilsa repartieron sandwiches y café.

Al atardecer, apareció el médico y les dio buenas noticias.

—Creemos que está fuera de peligro, pero estaremos seguros mañana por la noche.

Claire suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de su hijo con alivio.

—¿Por qué no se van a casa a descansar un poco? —sonrió el médico.

—No… —comenzó Claire.

—Sí —la interrumpió Cindy poniéndose en pie—. A todos nos va a venir bien dormir, mamá. Además, como papá abra un ojo y te vea así, va a creer que la que ha estado a punto de morirse has sido tú.

Claire se rió y asintió.

Tras hacerle prometer al médico varias veces que, si había algún cambio en el estado de Jordán los avisarían enseguida, todos abandonaron el hospital.

En el trayecto de salida, Ethan se mantuvo en un discreto segundo plano.

—Nosotros tenemos el coche en el aparcamiento —dijo Jimmy —. Nos vemos en casa.

—Mamá, tú deja el tuyo aquí y te vienes conmigo y con Cindy —propuso Joe.

—Muy bien —contestó Claire girándose hacia Paul—. Gracias por venir. Si se produce algún cambio, te llamaremos —añadió.

Claramente, lo estaba despidiendo.

Paul masculló algo y abrazó a Claire. Miró a Cindy y a Ethan y se fue.

—Yo voy a dejar aquí mi coche también —anunció Cindy—. Iré con Ethan.

—No creo que… —intervino su hermano.

—Me importa muy poco lo que creas, hermanito —lo interrumpió Cindy con una gran sonrisa—. Yo creo que es una idea estupenda. ¿Nos vamos, Ethan?

—añadió tomándolo de la mano.

Ethan asintió y la guió hasta su furgoneta. Una vez dentro, Ethan no sabía qué decir.

—Gracias por venir —dijo Cindy.

—Cariño, perdona por mi reacción. No tenía ningún derecho a hablarte así.

Tendría que haber sabido que no te habrías ido si no hubiera sido por una buena razón. De camino aquí… —sonrió— no sabía si me querrías siquiera ver.

—Pero has venido de todas formas.

—Estabas sufriendo. No sabía si podría ayudarte, pero tenía que intentarlo.

Cindy se abalanzó en sus brazos y lo abrazó con fuerza. Entonces, Ethan se dio cuenta de que, a pesar de las muchas diferencias que los separaban, lo suyo podía funcionar.

—Bueno, vámonos, que tienes que dormir —sonrió feliz.

Al entrar en la calle de Cindy, volvió a recordar lo diferentes que eran sus mundos. Eran casas individuales, con praderas bien cuidadas y verjas de hierro. No había baches en la carretera, como en la reserva, ni perros corriendo, ni basura ni coches desvencijados. Ethan se dio cuenta de que nunca podría encajar en aquel lugar.

Llegaron a su casa, esperó mientras Cindy hablaba con el guarda de seguridad y entraron. La entrada estaba iluminada con luces en el suelo que llegaban hasta la puerta principal.

—¿Te podré ver mañana? —preguntó Ethan parando el motor.

—Claro —contestó Cindy bostezando—. Vamos. Estoy exhausta.

—¿Qué?

—Vamos dentro —repitió agarrándolo de la mano.

—No sé si es una buena idea.

—Pues yo sí lo sé. Lo es.

—Pero puedo irme al hotel…

—De eso nada.

—¿Y tu madre?

—No le importará.

—Seguro que a tu hermano, sí.

—Qué pena. Yo vivo aquí. Él, no —dijo Cindy tirando de su mano—. Estoy muy cansada y no quiero discutir.

Ethan tomó su bolsa de viaje y la siguió al interior de la casa. Cindy abrió una bonita puerta de madera y cristal y entraron a un vestíbulo de suelo en damero blanco y negro y a un salón con muebles elegantísimos.

—Vamos, la habitación de invitados está arriba.

Ethan la siguió por una escalera enmoquetada.

—Espero que te encuentres a gusto —dijo parándose ante una puerta—. Las sábanas están limpias. Si quieres ducharte, hay toallas limpias en el baño —añadió señalando la puerta de enfrente—. Esa es mi habitación.

Ethan se sentía como en su primera cita, preguntándose si podía besar a la chica al dejarla en casa.

—Buenas noches, Ethan.

—Buenas noches.

Cindy se puso de puntillas y lo besó.

—Gracias de nuevo por venir. Nos vemos mañana.

Ethan asintió y la vio meterse en su dormitorio. Luchando contra el deseo de seguirla, se metió en el suyo, que era tan grande como la casa entera de su madre.

—Increíble —susurró viendo la bañera y decidiendo que se iba a dar un baño.

Cindy se había puesto el camisón y se iba a meter en la cama cuando oyó el agua correr. Su mente se llenó de imágenes de Ethan bañándose. Tan cerca.

Ojalá pudiera ir y meterse en la bañera con él, frotarle la espalda…

Apartó aquellos pensamientos de su mente. No debía hacerse falsas ilusiones.

¿Por qué no? Había dejado el rancho para ir a buscarla.

No podía creérselo, pero era cierto.

No se había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta que lo había visto detrás de ella, esperando a ver su reacción.

Y, ahora, estaba en su casa. ¿Recordaría la primera vez que había ido allí?

Entonces, se había sentido incómodo. ¿Cómo se sentiría en aquellos momentos?

¿Podrían con las diferencias que los distanciaban?

¿Qué pasaría si, al ver dónde y cómo vivía ella, decidía irse? De repente, recordó la reserva. ¿Y si le pedía que se casara con él y que vivieran allí? ¿Podría hacerlo?

Miró su habitación. Tenía una cama cómoda y sábanas limpias,

calefacción en invierno y aire acondicionado en verano, treinta pares de zapatos y dos armarios llenos de ropa, un coche nuevo todos los años, doncella y cocinera y unos padres que la adoraban.

¿Podría renunciar a todo aquello por Ethan?

«Sí», pensó.

Se metió bajo las sábanas y dejó volar la imaginación al baño contiguo.

Capítulo 17

Ethan se levantó a primera hora de la mañana y lo primero que hizo fue pensar en Cindy.

Se regocijó unos minutos imaginándosela acurrucada bajo las sábanas, con el pelo esparcido sobre la almohada como una tela de seda negra, con la piel suave y oliendo a dormida.

Se imaginó entrando en su habitación, metiéndose en su cama desnudo y dando rienda suelta a su deseo. ¿Cómo lo recibiría?

Cuando la presión en la ingle se hizo insufrible, dejó de pensar en ella y se levantó. Se vistió, se lavó los dientes y se peinó. No sabía qué hacer. Esperó. ¿A qué hora se despertarían los demás?

No se sentía cómodo en aquella casa. Si hubiera estado a gusto, habría bajado a la cocina y se habría preparado un café, pero no creía que fuera una buena idea. No quería que su madre lo acusara de tomarse demasiadas confianzas ni de tener que dar explicaciones a su hermano.

Sintiéndose como un prisionero, se puso a mirar por la ventana. Vio una pista de tenis, una gran piscina con jacuzzi y cascada, un césped que parecía una alfombra, muchas flores y varios frutales.

—Estás fuera de tu lugar, Stormwalker —dijo en voz alta.

—¿Por qué dices eso?

Maldición. Si una mujer blanca se colaba en su habitación sin que se enterara era que estaba perdiendo facultades. Llevaba unos pantalones blancos, un jersey fucsia y el pelo suelto, como a él le gustaba.

—¿Y bien? —insistió Cindy.

—No pertenezco a este mundo.

—Otra vez con eso…

En el pasado, había sido un constante tema de conversación entre ellos porque Ethan creía que al proceder de mundos y religiones diferentes, lo suyo no podía funcionar.

—No te das cuenta, ¿verdad? —sonrío amargamente.

Cindy se acercó y lo abrazó.

—¿No sabes que el amor lo puede todo?

—Si eres la Cenicienta… —contestó Ethan acariciándole el pelo.

—Yo creo en los finales felices. ¿Tú, no?

La besó y ella le devolvió el beso con pasión. Ethan la apretó contra sí hasta que no pudo más y se apartó.

—El cuento de la Cenicienta no habría tenido un final tan feliz si se hubiera casado con un mendigo en lugar de con un príncipe.

—¡Tú no eres un mendigo! —protestó Cindy.

—En mitad de todo esto, sí.

Cindy suspiró.

—Anda, vamos a desayunar, mendigo. Tengo hambre.

—No sabía que supieras cocinar —bromeó él.

—Y no sé —contestó Cindy tomándolo de la mano.

No desayunaron en la cocina ni en el comedor sino en una estancia que Cindy denominó la sala del desayuno y que estaba en el ala este de la casa y que era prácticamente como un invernadero desde el que se veía el jardín.

La doncella que los sirvió, uniformada por supuesto, debía de andar por la cincuentena, así que Ethan imaginó que debía de llevar con ellos varios años. Lo miró sorprendida. Obviamente, no era muy normal encontrarse a un desconocido desayunando. Cuando reaccionó, les sirvió un desayuno digno de reyes y, tras preguntar si iban a querer algo más, se fue.

—¿Te sueles comer todo esto? —preguntó Ethan anonadado.

—No —rió Cindy—, pero como mis padres nunca saben lo que quieren desayunar, se suelen preparar muchas cosas diferentes y lo que sobra se lo come el servicio.

Allí había zumo de naranja, café, huevos revueltos, huevos cocidos, huevos pasados por agua, beicon, magdalenas y galletas de todo tipo…

—¿Y los demás?

—Estarán durmiendo —contestó Cindy—. No son todavía las ocho.

—Y tú ¿cómo es que te has despertado tan pronto?

—Porque te he oído y he pensado que, tal vez, querrías desayunar.

—Gracias —dijo Ethan tomándose el café—. ¿Qué va a decir tu madre cuando vea que he dormido aquí?

—No lo sé. A mi hermano no le va a hacer gracia, pero a mi madre no creo que le importe. Siempre le has caído bien.

Ethan enarcó una ceja.

—Bueno, al principio es verdad que no —confesó Cindy—. ¿Cuánto tiempo te puedes quedar?

Ethan se encogió de hombros.

—Todo el que me necesites.

Cindy sonrió.

—Entonces, nunca te dejaría volver.

Ethan fue a tomarle la mano, pero se paró en seco cuando la doncella volvió a entrar.

—¿Necesitan algo más, señorita Cindy?

—Un poco de café, Adele, por favor.

Unos minutos después, fue Joe el que apareció. Se quedó perplejo al ver a Ethan sentado a la mesa.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó a su hermano sin dejar de mirar a Ethan.

—Es mi invitado —contestó Cindy tan contenta.

—¿Lo sabe mamá?

—Por supuesto que lo sabe mamá —dijo Claire Wagner.

Sus dos hijos se volvieron hacia ella y Ethan comenzó a levantarse, pero Claire le hizo un gesto para que se quedara sentado.

—Joe, siéntate y deja de comportarte como un cretino.

Joe obedeció sin mediar palabra.

—¿Qué tal estás, mamá? —le preguntó Cindy.

—Mejor. Acabo de hablar con el hospital. Pasan a papá a una habitación individual ahora por la mañana.

—Qué bien —dijo Cindy apretándole la mano a su madre—. Ya te dije que todo iba a salir bien.

—Claro que sí —dijo Claire mirando a Ethan—. Hacía tiempo que no nos veíamos.

Ethan asintió.

—Tienes buen aspecto.

—Debe de ser por el maravilloso desayuno que me acabo de tomar.

Claire sonrió.

—Sí, Maricela es una delicia cocinando. ¿Nos habéis dejado algo a los demás?

—No mucho —confesó Ethan—. Nunca había tenido oportunidad de tomar un desayuno así. En la reserva es imposible tener tantas cosas.

Claire sonrió y Joe lo miró fijamente.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en la ciudad, Ethan? —preguntó la madre de Cindy.

—El que Cindy quiera.

—Entiendo —dijo Claire mirando a su hija.

—No pretendo abusar de su hospitalidad, no se preocupe —apuntó Ethan—.

Puedo irme a casa de mi madre.
—No, no, te quedas aquí… Al menos, hasta que vuelva mi marido.
Ethan miró a Joe.
—Gracias, señora Wagner, pero creo que será mejor que me vaya.
—Como quieras, pero que sepas que la invitación sigue en pie si cambias de opinión.
En ese momento, aparecieron Kim y los niños y Ethan y Cindy decidieron irse para dejarles sitio.
—Mamá, le voy a enseñar a Ethan los alrededores. ¿A qué hora quieres ir al hospital?
—Sobre las diez.
—Muy bien —dijo Cindy besando a su madre y agarrando a Ethan de la mano.
Una vez fuera, abrazó a Ethan y le pidió un beso.
—Si no me besas, creo que me voy a morir.
—¿De verdad? —bromeó él enarcando una ceja.
—Sí. No creo que te gustara tener mi muerte sobre tu conciencia, ¿verdad?
—¡Claro que no! —exclamó Ethan besándola hasta quedarse sin respiración.
—Creo que podría morirme también de tanto besarte, pero sería una bonita forma de abandonar este mundo.
Ethan la estrechó y Cindy sintió su cuerpo erecto.
—Has visto, ¿no? Aquí el que está que se muere soy yo…
—Eso lo puedo arreglar.
—Cindy…
—Sabes que estoy loca por ti —susurró—. Siempre lo he estado.
—Cindy, cariño…
—No empieces con eso de que no eres suficientemente bueno para mí y todas esas tonterías que te inventas cuando las cosas empiezan a ponerse serias entre nosotros.
Ethan la miró a los ojos.
—Me da miedo que dejes lo que tienes por estar conmigo. No quiero que me odies dentro de unos años porque no llevas la vida a la que estabas acostumbrada.
—Ethan…
—Escúchame. El rancho será mío un día, pero nunca seré rico como tu padre.
No podremos veranear en Europa ni comprar un coche al año…
—No me importa.

—¿Seguro? Ya has visto dónde vivo, en una cabaña de cuatro habitaciones. ¿De verdad crees que serás feliz allí? Pero si no creo que te quepa ni la ropa que tienes…

Cindy se rió.

—Creo que la pregunta es, ¿serías tú capaz de vivir conmigo?

Buena pregunta. Ethan no sabía la respuesta. Ninguno de ellos había hablado de amor, pero el concepto estaba implícito en la conversación.

—Supongo que si tú puedes acostumbrarte a vivir con un hombre que no tiene nada, yo podré acostumbrarme a vivir con una mujer que lo tiene todo.

Capítulo 18

Una hora después, se fueron al hospital. Ethan se quedó en la sala de espera mientras la familia entraba a ver a Jordán. Estaba seguro de que, si se enterase de que estaba en el edificio, le daría otro infarto.

Llevaba veinte minutos paseándose por el pasillo cuando entró Paul VanDerHyde, perfectamente vestido y peinado.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —dijo mirándolo como si se hubiera encontrado un gusano en la ensalada.

—Esperando a mi novia —contestó Ethan—. ¿Y tú?

—No es tu novia y nunca lo será —se rió Paul.

—¿Eso crees? Bueno, creo recordar que anoche dormí en su casa, para empezar…

Paul se quedó lívido y, cuando logró reaccionar, pasó de largo y se metió en la habitación de Jordán Wagner.

—Bobo —musitó Ethan yendo hacia la máquina de café.

Cindy miró a Paul cuando entró en la habitación. Estaba lívido, como si le hubiera sentado mal el desayuno. Saludó a la familia y se acercó a Jordán.

—Está usted mucho mejor, señor Wagner.

—Gracias, hijo. La verdad es que me encuentro mucho mejor.

Paul sonrió.

—Ya verá, le darán el alta enseguida.

Jordán asintió y miró a su hija.

—¿Habéis hablado ya?

—No es el momento, cariño —intervino Claire.

Cindy miró a Paul, de pie junto a su padre, como si fuera de la familia. Su padre la había recibido con un abrazo cariñoso, pero algo frío. Cindy sabía que recordaba la última conversación que habían tenido.

Se levantó de repente con la imperiosa necesidad de salir de allí.

—¿Dónde vas, cariño? —le preguntó su madre.

—Me voy fuera un rato. Aquí hay demasiada gente.

Su madre asintió comprendiendo perfectamente la situación de su hija.

Cindy se acercó a la cama y besó a su padre.

—Luego vuelvo, papá.

Su padre asintió, pero no dijo nada hasta que Paul hizo amago de irse también y lo retuvo agarrándolo del brazo.

—Quédate —le dijo.

Cindy se fue sintiéndose celosa y aliviada a la vez. Cerró la puerta, tomó aire varias veces y fue en busca de Ethan.

Estaba mirando por la ventana. Con solo mirarlo, se sentía viva. Corrió hacia él y lo abrazó.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Nada, todo va bien, pero… No sé cómo explicarlo… De repente, me he sentido como una extraña en mitad de mi familia. Sobre todo, con mi padre y con mi hermano, que solo saben hablar de trabajo y de dinero. La única que se parece a mí es mi madre. Creo que ahora entiendo lo que me dijo el día que me iba a casar con Paul.

Me dijo que él nunca me haría feliz y creo que me estaba intentando decir que, en esta vida, hay muchas otras cosas aparte del dinero y… —lo miró a los ojos—. Te quiero.

—¡Cindy! —exclamó Ethan abrazándola con fuerza.

—Vámonos.

—¿Seguro?

—Sí, necesito salir de aquí un rato.

—Muy bien.

Cuando estaban esperando el ascensor, Paul salió de la habitación. Cindy rezó para que el ascensor llegara pronto.

—No me puedo creer que me hayas dejado por este hombre Marlboro lleno de esteroides.

—Paul, déjalo.

—Tu padre te desheredará si te casas con él y, entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a ir a vivir a la reserva a parir media docena de pieles rojas?

Ethan apretó la mandíbula.

—A mi pueblo no le gusta que lo llame piel roja.

—¿Y a mí qué me importa?

—¡Paul! —le advirtió Cindy.

—Déjame a mí —dijo Ethan poniéndose delante de ella—. Mi madre ha vivido muchos años en la reserva y quiero que te disculpes por lo que acabas de decir.

—Me importa muy poco lo que tú quieras —dijo agarrando a Cindy del brazo con fuerza.

—Paul, suéltame, me estás haciendo daño.

—Quítale la mano de encima —le ordenó Ethan.

—Métete en tus asuntos, sucio piel roja.

—Cindy es asunto mío —contestó Ethan dándole un puñetazo en la cara.

Paul se quedó mirándose la mano, cubierta de sangre.

En ese momento, llegó el ascensor. Ethan tomó a Cindy de la mano y la metió dentro.

—¿Cómo has podido hacerle eso? Creo que le has roto la nariz —lo recriminó.

—Tiene suerte de que no le haya roto el cuello.

Cindy lo miró muy seria y, de repente, estalló en una carcajada.

—Si vamos a tener seis hijos, me parece que deberíamos ir empezando —rió.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Más bien —contestó ella—. ¿Quieres que me ponga de rodillas?

—No, tal vez, tendría que ser yo el que se pusiera de rodillas —bromeó tomándola de las manos—. ¿Te quieres casar conmigo, Cindy?

—¿Lo dices de verdad?

—Claro que sí —le aseguró Ethan—. Te quiero.

Cindy lo abrazó con fuerza.

—¡Yo también te quiero! —exclamó besándolo por toda la cara.

Ethan no se había dado cuenta de que el ascensor había llegado a la planta baja hasta que no oyó los aplausos y vítores de una decena de personas. Tomó a Cindy de la mano, saludaron con la cabeza y salieron corriendo hacia el vestíbulo.

Al llegar a la furgoneta, se reía como un loco.

—Me has dicho que sí, ¿no? —dijo abrazándola.

—¡Deja de reírte!

—Venga, ¿no te ha parecido gracioso?

—¡No!

—¿Cómo que no? Seguro que dentro de veinte años, se lo contarás a nuestros doce hijos como una de las anécdotas más graciosas de tu vida.

Aquello sí que le hizo reír.

—Vamos a comprar un anillo —propuso Ethan.

Cindy no podía esconder su emoción cuando, al cabo de un rato, entraron en una joyería.

Ethan insistió en comprar el anillo más caro, un solitario maravilloso y elegante.

Cindy se negó, pero él insistió.

—¿Estás seguro? Debe de costar una fortuna.

—Claro que sí, mi amor. Al fin y al cabo, lo vas a llevar toda la vida, así que…

—Muy bien —accedió probándoselo.

Le quedaba perfecto, como hecho a medida.

Ethan sacó la tarjeta de crédito y pagó sin parpadear, aunque aquello significaba que tenía que despedirse de comprar aquella tierra para la que había estado tanto tiempo ahorrando.

—Será mejor que volvamos al hospital antes de que tu hermano llame a la policía —bromeó Ethan al salir de la tienda.

—Sí —contestó Cindy radiante.

Capítulo 19

La familia se estaba preparando para ir a comer cuando Cindy volvió a la habitación de su padre.

—Llegas justo a tiempo —dijo su madre besando a su padre—. Luego volvemos, descansa —añadió tomando a Cindy del brazo—. ¿Dónde quieres ir a comer?

Joe y su familia iban detrás de ellas.

—Me da igual siempre y cuando Ethan venga con nosotros.

—Mamá, no me parece bien que…

—Joe, ya sé tu parecer —lo interrumpió Claire girándose hacia él— y te aconsejo que te vayas acostumbrando a ver a Ethan a menudo.

Joe miró a su madre y, luego, a su hermana.

—¿No me digas que…? ¿No te irás a casar con él?

—Sí, me voy a casar con él —contestó Cindy.

—Papá no lo va a permitir —apuntó Joe sacudiendo la cabeza —. Te has cavado tu propia tumba. Perdón por la expresión, mamá, teniendo en cuenta las circunstancias. Bueno, si todo el mundo está de acuerdo, a los niños les gustaría comer en el Burger Barn.

—Por mí, perfecto —contestó Cindy sonriendo al doblar la esquina y ver a Ethan.

Ethan también sonrió, pero, al ver a Joe y a su familia, se puso serio.

—Nos vamos a comer.

—¿Nos? —dijo Ethan enarcando una ceja.

—Todos, sí —contestó Cindy—. Vamos.

Ethan miró a Claire esperando su aprobación.

—Todos —repitió la madre de Cindy.

—No ha estado tan mal, ¿verdad? —le dijo Cindy.

Estaban sentados en el balancín que había en el jardín agarrados de la mano.

Los demás se habían ido a la cama hacía un par de horas, pero Cindy estaba demasiado emocionada como para dormir.

No quería perder el tiempo, solo quería estar con Ethan.

—Con tu madre, no, pero con tu hermano…

—Ya cambiará —le aseguró Cindy.

—Menos mal que a Lance le caigo bien. Era cierto. Su hermano pequeño siempre había tenido a Ethan como a una especie de héroe.

—Lo podríamos invitar el verano que viene al rancho. Sé que le encantaría.

—Claro que sí —contestó Ethan.

Cindy se apretó contra él y estuvieron un rato en silencio, rodeados de paz y tranquilidad.

—¿Ethan?

—¿Sí?

—¿Te importaría bailar para mí?

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí, solo para mí… por favor…

—Creo que deberías ser tú la que bailaras para mí.

Cindy se sonrojó de pies a cabeza.

—Algún día, lo haré —contestó sinceramente.

Era algo que le apetecía mucho, pero no tenía suficiente valor todavía.

Ethan se puso en pie, se quitó la camisa, la camiseta y comenzó a bailar. Cindy lo observó atentamente a la luz de la luna. No hubo tambores ni palabras, pero ella sabía lo que le estaba diciendo. Le estaba diciendo lo mucho que la quería, le estaba entregando el corazón y el alma, se estaba ofreciendo a cuidarla toda la vida, para la eternidad.

Cuando terminó, Cindy se dio cuenta de que estaba llorando. Ethan se arrodilló ante ella.

—Te quiero, Cindy. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Ethan se sacó el estuche con el anillo del bolsillo y se lo puso en el dedo.

—Te prometo que, desde hoy, solo viviré para protegerte.

Cindy no supo qué decir. Solo podía llorar de felicidad. Ethan la sentó en su regazo y la besó con amor infinito.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, anunciaron su compromiso. Claire lo aceptó con una sonrisa y una lágrima.

—Creo que, en el fondo, siempre he sabido que ibais a terminar juntos —dijo abrazándolos a los dos—. Cuando te miraba, a mi hija le brillaban los ojos de una manera especial y, cuando pronunciaba tu nombre, lo hacía en un tono inconfundible. Espero que seáis muy felices.

—Gracias, mamá —dijo Cindy besándola.

—Haré todo lo que esté en mi mano para hacer a su hija feliz —le aseguró Ethan.

—Ya lo haces —contestó Claire—. Prométeme que vendréis a vernos a menudo.

—Claro que sí —le prometió Cindy.

—¿Dónde vais a vivir? —preguntó Joe.

—Donde Ethan quiera —contestó su hermana.

Su hermano sacudió la cabeza y abandonó la habitación.

—Lo siento —intervino Kim—. A veces, es un poco difícil este hermano tuyo…

Espero que seáis muy felices —añadió abrazándolos a ambos.

—¿Tenéis fecha? —preguntó Claire.

—No —contestó Cindy mirando a Ethan.

—Decide tú —sonrió él—. Por mí, cuanto antes.

—Por mí, también —sonrió Cindy—. ¿Qué te parece la semana que viene?

—¿La semana que viene? —exclamó Claire—. No nos va a dar tiempo de organizar nada y puede que tu padre… Perdón, es asunto vuestro. Lo que decidáis, estará bien.

Cindy se mordió el labio y miró a su madre.

—¿Crees que papá estará dispuesto a llevarme al altar?

—No lo sé, cariño, pero seguro que Lance estará encantado de hacerlo.

—¿Y si nos escapamos? —dijo Cindy mirando a Ethan.

—Lo que tú digas, cariño.

—La verdad es que quiero una capilla pequeña y solo tu familia y la mía.

—Entonces, eso será lo que hagamos —replicó Ethan.

—Mamá, ¿te importaría hablar con papá?

—Lo siento, mi amor, pero creo que eso es algo que debes hacer tú.

—No creo que sea una buena idea que yo entre —apuntó Ethan.

—¿Tengo que ir yo sola?

—Creo que sí, Cindy. Ya sabes que no le gusto. Podría ser perjudicial para su salud.

—Muy bien, pues bésame para darme fuerzas.

Ethan la besó, la giró y la puso de cara a la puerta.

—Sé valiente, mi amor.

Cindy tomó aire y abrió la puerta.

Su padre estaba sentado en la cama con muy buen aspecto.

Habría recobrado el color y le habían quitado muchos tubos.

—Hola, papá, ¿qué tal estás? —preguntó nerviosa.

—Mejor. ¿Y tu madre?

—Ahora viene. Quería hablar contigo a solas.

—¿De qué? No estará enferma, ¿verdad? Todas estas preocupaciones que le he dado no le habrán sentado nada bien a su tensión…

—No te preocupes, papá. Mamá está bien.

—¿Sabes algo de Paul?

Cindy tomó aire y suspiró.

—No.

Solo había una forma de hacer aquello, así que fue directa al grano.

—Papá, me voy a casar con Ethan Stormwalker y me gustaría que me llevaras al altar.

Su padre la miró perplejo.

—¿Te vas a casar con el bailarín indio?

—Sí. Papá, te quiero y me gustaría que estuvieras allí.

Jordán carraspeó y bebió agua.

—No me gusta ese hombre. No te conviene. No tiene nada.

—Lo quiero.

Jordán Wagner miró a su hija y suspiró.

—Eres la única hija que tengo, así que… claro que iré a tu boda. Cuenta conmigo para lo que necesites, lo que sea, dinero, lo que sea…

Cindy se abalanzó sobre él y lo colmó de besos.

—¡Gracias, papá! ¡Voy a decírselo ahora mismo a Ethan! ¡Luego te veo! ¡Gracias, papá!

En cuanto la vio, Ethan supo la respuesta de su padre. Cindy salió de la habitación con una gran sonrisa y la expresión radiante.

La tomó en brazos y dio un par de vueltas, feliz por que su padre hubiera antepuesto la felicidad de su hija a todo lo demás.

Eligieron la fecha aquella misma noche y la iglesia a la mañana siguiente.

Entonces, para desconsuelo de Cindy, Ethan le dijo que tenía que volver al rancho.

—¿Te veré antes de la boda?

—Si no vienes al rancho, no —contestó besándola en la nariz—. Lo siento, mi vida.

Cindy suspiró.

—¿Estás segura de todo esto, Cindy? ¿Seguro que quieres casarte conmigo?

—¡Claro que sí! ¿Por qué?

—Porque me cuesta creer que estés dispuesta a dejar todo esto.

—Son solo cosas materiales, Ethan. Lo que me importa eres tú.

Agarrados de la mano, anduvieron hasta la furgoneta.

—Nos veremos en la iglesia —dijo Cindy al despedirlo—. No llegues tarde.

Con un beso maravilloso de despedida, se subió al vehículo y se fue.

Las dos semanas siguientes pasaron muy rápido. En lugar de comprar vestidos y atuendos de encaje y seda, compró vaqueros, botas y camisas de cuadros. Y, para la noche de bodas, un camisón de gasa.

Encargó muchas flores, compró un anillo para Ethan y le pidió a Kim que fuera su dama de honor. Solo iba a haber una. Ethan hizo lo mismo con Lance, que estaba como si le hubiera tocado la lotería.

En medio de todos los preparativos, a su padre le dieron el alta y volvió a casa casi tan fuerte y robusto como siempre.

Ethan la llamaba todas las noches y se estaban horas hablando, haciendo planes de futuro y soñando con su luna de miel en Hawai.

Y, de repente, llegó el día de la boda.

Cindy se despertó al oír el teléfono.

—¿Qué haces todavía en la cama? ¡Hoy te casas!

—Ethan —dijo derritiéndose con solo oír su voz.

—¿Me sigues queriendo?

—Más que nunca —contestó mirando la hora—. Dentro de ocho horas y cuarto, seré la señora de Ethan Stormwalker.

—Yo también cuento las horas que nos faltan.

—¿De verdad?

—Te quiero mucho, Cindy —le aseguró Ethan—. Nos veremos pronto. Seré el nervioso del esmoquin —bromeó.

Ocho horas después, Cindy estaba de pie junto a su padre con la mano en su brazo. Habían elegido una capilla sencilla entre los pinos. Solo estaban las familias y unos cuantos amigos íntimos, como Sally Whitefeather.

Mientras avanzaba con su progenitor hacia el altar, no tuvo ningún tipo de dudas. Cindy sonrió encantada a su madre y a sus hermanos y, luego, solo tuvo ojos para su futuro marido.

Siempre lo había visto en vaqueros o con el traje de baile, pero de esmoquin estaba formidable. Era el hombre más sensual y guapo del mundo.

Ethan miró a su novia avanzando hacia él. Parecía un ángel con cuerpo de mujer. Sintió que el amor le desbordaba el corazón y dio gracias a los dioses por darle una segunda oportunidad para pasar el resto de su vida junto a la única mujer a la que había amado.

Ya estaba a su lado. La miró a los ojos y no vio dudas, solo amor infinito.

—Te quiero —le dijo en voz baja.

—Yo, también —contestó Cindy.

Sin dejar de mirarse, escucharon las bonitas palabras del sacerdote que los convirtió en marido y mujer. A Cindy se le llenaron los ojos de lágrimas cuando su ya marido, el hombre de sus sueños, le levantó el velo y la besó.

Fue un beso tan largo y apasionado que Lance tuvo que intervenir.

—¿Os importaría parar para tomar aire, chicos? —bromeó haciéndolos reír.

Los allí reunidos estallaron en aplausos y gritos de júbilo y les desearon toda la felicidad del mundo.

Aquella noche, cuando la limusina blanca llegó al rancho, no se bajó una novia solitaria.

Capítulo 20

Ethan tomó en brazos a su mujer y la llevó hasta su cabaña.

—¿Seguro que no hubieras preferido ir a pasar la noche de bodas a un hotel? —

dijo cerrando la puerta.

—No, quiero que pasemos nuestra primera noche aquí porque aquí nos volvimos a encontrar y aquí nos volvimos a enamorar.

—Yo nunca dejé de estar enamorado de ti.

—¿No quieres dejarme en el suelo? Debo de pesar.

Ethan negó y la besó con fruición.

—¿Te he dicho lo guapa que estás? —murmuró.

—Una o dos veces, pero no me importaría que me lo repitieras.

—Estás preciosa —dijo Ethan acariciándole los labios.

Cindy sintió que el corazón se le paraba y comenzaba acto seguido a latir aceleradamente.

—Preciosa —repitió acariciándole un pecho.

—Llevo toda la vida esperando este momento, soñando con esta noche —

confesó Cindy.

—Espero estar a la altura de tus sueños —dijo Ethan besándole el cuello.

—Seguro que sí.

—Haré lo que pueda.

—¿Has hecho el amor con muchas mujeres?

—¿Qué pregunta es esa? —dijo él mirándola a los ojos—. ¿Te has acostado tú con muchos hombres?

—Con ninguno.

—¿Con ninguno? —repitió sorprendido.

—Eres el único hombre al que he deseado jamás.

—¡Cindy! —exclamó llevándola a la cama y besándola sin parar mientras la desnudaba.

Acarició aquella piel que ningunas otras manos habían acariciado nunca hasta hacerla estremecerse de placer, hasta que le pidió que fuera hasta el final.

Cindy gimió y jadeó al sentirlo encima y dentro de ella. Ethan lo estaba haciendo todo con sumo cuidado y delicadeza para que

aquella primera vez fuera perfecta.

Cindy gritó su nombre cuando el placer fue insuperable y él gritó también al alcanzar el clímax con ella.

Abrazado a ella y sin parar de acariciarle el pelo, le volvió a prometer amor eterno y unas vacaciones de ensueño en Hawai que empezaban al día siguiente.

Aquella misma noche y, tras haber hecho varias veces el amor, Cindy bailó, por fin, para él.

EPÍLOGO

Rancho de turistas Elk Valley

Seis meses después

Cindy estaba sentada en los escalones observando a Ethan con el semental. Era maravilloso verlos juntos.

Nunca se cansaba de mirarlos.

Wolf se tumbó a su lado y Cindy lo acarició. Los últimos seis meses habían sido los más felices y divertidos de su vida.

Vivir en el rancho le encantaba. Cuando había mucho trabajo, ayudaba a Dorothea en la recepción y, si no, salía de excursión a caballo con Ethan y el grupo que tocara. Si hacía falta, ayudaba en el comedor y, cuando estaban tranquilos, simplemente se sentaba a disfrutar del paisaje y de la tranquilidad de aquel lugar.

Habían contratado a un arquitecto para que les hiciera una casa y ya se veía la chimenea entre los árboles.

Sonrió al tocarse la tripa. ¿Qué llegaría antes, la casa o el bebé?

Su madre no paraba de mandar regalos para el niño y su padre había ido a visitarlos y les había llevado una gorra y un bate de béisbol en miniatura.

—Hola, mujercita —saludó Ethan con una gran sonrisa cuando Cindy se acercó al redil.

—Hola, maridito.

—¿Qué tal está mi hijo?

—Muy bien, haciendo el pino y saltando en la cama.

—¿Y va a ser él el único que se lo pase bien? —dijo agarrándola de la manos—.

Vamos dentro a hacer el pino nosotros también.

Cindy sonrió y dejó que la tomara en brazos para entrar en la cabaña.

Mientras Ethan la llevaba hacia el dormitorio, miró el que había sido su hogar durante los últimos seis meses. Era cierto que no tenía todas las comodidades a las que ella estaba acostumbrada, pero sabía que aquel hombre era todo lo que siempre había querido y lo había encontrado en las profundidades de Montana.

Sonriente, apoyó la cabeza en su hombro y cerró la puerta del dormitorio con el pie.

Fin